PASO ✣ ABATI

El gran tacaño

COMEDIA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

500

Copyright, by Paso y Abati, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

16

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
1108

EL GRAN TACAÑO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL GRAN TACAÑO

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE LOS SEÑORES

PASO Y ABATI

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 24 de Diciembre de 1908

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A todos los artistas que figuran en el reparto, y muy en particular á la Srta. Nieves Suárez, por su excesiva benevolencia y modestia, les dedicamos «El gran tacaño.»

Paso—Abati.

723226

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Julia Martínez.
NIEVES	Mercedes Pérez de Vargas.
PATROCINIO	Irene Alba.
AUGUSTA	Ana Quijada.
VICENTA	Nieves Suárez.
FERMINA	Esperanza Bedoya.
LA SEÑORA DE PALMADA	Adela Carbone.
ALEJO REDONDO	José Santiago.
EL BARÓN DE FUENTE SERENA	Rafael Ramírez.
DON FACUNDO	Pedro Zorrilla.
AMADO	Ernesto Vilches.
ANGEL	Manuel González.
UN MOZO	
EL SEÑOR PALMADA	Juan Catalá.
CELEDONIO	Manuel Caba.
UN CRIADO	José Suárez.

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Sala elegante; primera lateral derecha, puerta, que figura da al pasillo que conduce á la calle; lateral izquierda dos puertas. Al foro gran puerta y por él se ve parte de un jardín. Sobre las sillas y mesas, vestidos, sombrereras, sombreros, abrigos. Todo está ocupado.

ESCENA PRIMERA

FERMINA y CELEDONIO: este último está cerrando un baúl; la primera sale de la primera derecha con más ropa, que coloca encima de las sillas

FER. (Saliendo primera izquierda.) ¿Pero todavía no has cerrado el baúl?

CEL. Lo que es como no me ayudes, solo no hay quien lo cierre; está muy lleno.

FER ¡Vaya unas fuerzas de hombre! Anda ahora. (Se sienta sobre el baúl. Celedonio está de rodillas.)

CEL. (Mirándola.) Oye, Fermina, ¿sabes que te encuentro cada día más bonita?

FER. Bueno, cierra.

CEL. Estás echando unos contornos que cuando te miro me quedo con la boca abierta.

FER. Bueno, cierra.

CEL. Y te se han puesto en la cara unos nácares y en las manos unos hoyitos que... (Le va á coger una mano. Fermina le da un manotón.) Bueno, cierro. (Lo hace.)

ESCENA II

DICHOS; el SEÑOR y la SEÑORA DE PALMADA, saliendo primera izquierda y figurando hablar con alguien que está dentro

SR. PAL. No te molestes, no.

SRA. PAL. Con nosotros estás cumplida, Luisa.

SR. PAL. Y ya lo sabes, á las seis en punto estaremos aquí á recogerte.

SRA. PAL. Cuidadito, que el tren no espera.

SR. PAL. Adiós. (Cruzan la escena.) Quedar con Dios. (Mutis primera derecha.)

CEL. y FER. Vayan con Dios los señores.

CEL. (Por los Palmadas.) Ahí tienes: á esos los casó también la señora.

FER. Ya lo sé: estos hacen el número catorce; le ha dado la manía por casar á todo el mundo.

CEL. Y tiene buena mano: todos los matrimonios que ha hecho, son felices.

FER. Ya, ya... ni un mal divorcio...

CEL. En cambio, ella...

FER. ¡Ella!... Ella no es feliz por sus ridículos celos; no sé cómo la aguanta el señorito.

CEL. (Acercándose.) ¿Sabes que cuando te pones seria se te acentúan los nácares y...?

FER. ¿Pero á tí es que no te han enseñado otros piropos más que ese de los nácares?

CEL. Sé otro de corales, alusivo á los labios; pero ese no te lo digo hasta que se vayan los señoritos.

FER. ¿De veras?

CEL. No me mires así, que se me va á escapar antes y...

ESCENA III

DICHOS y LUISA, segunda izquierda; aparece un momento antes de acabar Celedonio

LUISA (Saliendo.) Fermina.

FER. La señora.

LUISA ¿Sacaste del armario mi guardapolvo de viaje?

FER. Sobre la cama de la señora lo puse.

LUISA Está bien. . ¡Ah! (A Celedonio.) ¿Qué es lo que te se iba á escapar cuando yo salí?

CEL. (Aparte.) ¡Demonio!

FER. (Aparte.) ¡Qué vergüenza!

CEL. Le diré... como escapárseme, ya sabe la señora que á mí no se me escapa nada; pero hablábamos del viaje.

FER Justo, y temía que se le escapase el tren al señor.

LUISA Bien, bien... no es muy feliz la disculpa, pero de todos modos me alegro encontraros juntos; es necesario que os vayais preparando.

FER. La señora dirá para qué.

LUISA Para casaros.

CEL. Por lo visto tenemos el quince.

LUISA Qué, ¿no os agrada mi proposición? Siendo así, podéis buscar otra casa.

FER. Es que... la verdad, como no pensábamos en ello... ¡Si al menos la señora nos diera tiempo...!

CEL. No mucho, veinte ó treinta meses.

FER. A la señora misma le he oído más de una vez que los hombres aparentan una cosa y luego son otra... y si este sale *otra*... ¿qué hace una?

LUISA En el tiempo que llevais en casa ya has tenido ocasión de conocer á Celedonio. El no parece mal muchacho, y en cuanto á las faltas que pueda tener, todas son perdonables menos la infidelidad: un esposo que engaña á su mujer, deja de ser persona para convertirse en reptil inmundo.

FER. Por eso van quedando tan pocas personas.

CEL. ¡Y hay una de reptiles!...

LUISA A mi regreso del veraneo se celebrará la boda; el señor y yo la apadrinaremos: ahora podéis retiraros.

FER. Con permiso.

CEL (A ella.) Luego bajaré para decirte el piropo coralino y para que nos vayamos tratando.

(Mutis Fermina primera izquierda. Celedonio segunda izquierda.)

ESCENA IV

LUISA, FACUNDO, segunda izquierda

LUISA (Viendo á su marido.) ¡Ah! Me alegro que vengas...

FAC. ¿Te ocurre algo?

LUISA Acabo de arreglar, para nuestro regreso, el casamiento de Celedonio y Fermina.

FAC. ¡¡Otro!! ¡Pero eres incurable! Eso ya es una enfermedad.

LUISA Además, seremos los padrinos.

FAC. Y van quince.

LUISA Y los que irán.

FAC. Considera que esto que tú juzgas un bien para ellos, es para nosotros casi un ridículo. ¡Quince casamientos! ¿Tú sabes cómo me llaman mis amigos? *La Epístola de San Pablo.*

LUISA El casamiento es el perfecto estado de la mujer y del hombre.

FAC. Sí, hija, sí; pero déjalos que se perfeccionen ellos solos.

LUISA Además, tenemos la satisfacción de haber labrado la felicidad de todos ellos.

FAC. Sí, menos la de mi secretario... el pobre Amado.

LUISA Lo de Amado debe obedecer á causas extrañas que yo averiguaré.

FAC. Te lo prohibo en absoluto. (Con terror.)

LUISA ¡Ah! ¿me lo prohibes?

FAC. Bastante hemos hecho ya con casarlos para que encima ejerzas una fiscalización: allá ellos. Además, las causas extrañas ya te las he explicado: el pobre Amado hizo el número trece de nuestros casamientos.

LUISA Pero es muy raro que Blanca se haya escapado de su casa sin decirme una palabra.

FAC. ¡Vamos, hoy estás imposible!

LUISA Y hasta que lo averigüe no cesaré. Voy á concluir de arreglar todo, que han quedado los Palmadas en venir á recogerme. (Mutis primera izquierda.)

FAC. ¡Los Palmadas! El número catorce.

ESCENA V

DON FACUNDO y AMADO por la primera derecha, con periódico y cartas en la mano: viste de chaquet con manguitos en el antebrazo: está ojeroso y excesivamente pálido

AMA. ¿Se puede?

FAC. Adelante. ¡Ah! ¿es usted, Amado?

AMA. El mismo, y, como habitualmente, á su entera disposición.

FAC. Qué, ¿hizo usted mis encargos? ¿Está usted más tranquilo?

AMA. Cuanto á sus encargos, todos están cumplidos al pie de la letra. Vea usted la prensa de la mañana que unánimemente publica el anuncio. (Leyendo.) «Precioso hotel con tranvía á mil setecientos metros de la puerta; jardín espacioso, casa espaciosa, luz espaciosa; por ausencia de sus dueños se vende. Diego de Leon, siete.» Y ahora mismo, en la puerta, acabo de colocar un letrero, copia exacta del anuncio.

FAC. Está bien.

AMA. En cuanto á mi tranquilidad, ¡ay, don Facundo! mi tranquilidad huyó con Blanca, y hasta que la encuentre no la encuentro.

FAC ¿No ha averiguado usted algún detalle?

AMA. Nada, don Facundo.

FAC. ¿Algún indicio?...

AMA. Nada, don Facundo. Los amigos me dicen que Blanca, mi esposa, la única que ocupá por entero mi espíritu, mi vida, ha huído de mi lado hoy hace setenta y dos horas, porque no podía aguantar mi carácter, mis celos, mis desconfianzas.

FAC. Y acaso tengan razón: yo recuerdo que los días que ha estado en casa arreglando los vestidos á mi mujer, usted salía con frecuencia del despacho y se iba de puntillas hasta el gabinete de costura...

AMA. Cierto, pero era por verla, por mirar aquellos llameantes, rasgados, candentes, ¿verdad, don Facundo?

FAC. (Con entusiasmo.) ¡Ya, ya! ¡Qué ojazos!

AMA. ¡Y aquella nariz helénica!

FAC. (Idem.) ¡Ya, ya! ¡Qué nariz!

AMA. Y aquellos labios más rojos que la flor del granado.

FAC. (Más entusiasmado.) ¡Y aquellos dientes tan menuditos!

AMA. ¡Perlas de Ceylán!

FAC. (Idem.) ¿Pues y aquellos dos hoyitos junto á la boca?

AMA. ¿Cómo? ¡Usted!...

FAC. (Reponiéndose.) No, si es que le ayudo á hacer el retrato, porque si no, hay para un mes.

AMA. Y si iba de puntillas, era por algo más, era por algo más, era porque la víbora de los celos había mordido aquí, (En el pecho.) y aquí, y allí, y en todas partes, la sombra de Otelo murmuraba en mi oído: «vigila, no te duermas.» ¡Ah! Si usted supiera que hace quince días no sé lo que es pegar un ojo; que el viernes doce del corriente, tuvimos un disgusto acentuado, que el sábado trece, tuvimos dos y el domingo.. ¡qué domingo de disgustos, don Facundo!

FAC. Pero hombre, para todo eso se habrá usted fundado en algún motivo real, no en sospechas pueriles.

AMA. ¡Pueriles! No, no eran pueriles, á mi Blanca le mandaban diariamente flores.

FAC. (Sorprendido.) ¡Diariamente!

AMA. ¿Le extraña, verdad?

FAC. Sí... (Aparte.) Porque yo se las mandaba un día sí y otro no.

AMA. Primero fué un ramo, luego dos; el viernes del disgusto, tres; el sábado, cuatro; y el domingo, ¡siete! ¡siete! ¡qué domingo de ramos, don Facundo!

FAC. (Aparte.) (¡Siete! O este exagera ó alguien le mandó tres más.)

AMA. Ella no tomaba ninguno, pero el asedio estaba marcado, la plaza tenía puesto sitio y una mujer no es Gerona ni yo Palafox, y por eso temblaba ante la idea de la capitulación.

FAC. ¡Qué histórico y qué raro es todo eso!

AMA. Más tarde ha venido á darme la razón su huída, su huída aprovechando los momentos en que yo, esclavo de mi deber, despachaba el correo de usted, y cuando regresé á casa y me convencí de la realidad, corrí como loco todas las habitaciones; la llamaba desesperado, ¡Blanca! ¡Blancaaa!... y nada, estaba solo. ¡Solo y rodeado de recuerdos suyos: allá, en una silla, el *crochet;* sobre la mesa de su tocador, el tarro de la bandolina; debajo de la cama... las zapatillas bordadas que le regalé el día de su santo; junto al espejo, su último retrato dibujando una sonrisa fría, y allá, en la cocina, la comida fría, fría también como su traición, fría como su alma, fría como la casa... ¡qué frialdad, don Facundo!

FAC. ¡Me deja usted helado! Pero, vamos á ver, ya que cuenta usted sus quejas, ¿por qué no cuenta también las que ella puede tener de usted?

AMA. Ninguna. Cierto que desde hace tres meses, después de cenar, la tenía hasta la madrugada leyéndola sentencias del Supremo acerca del adulterio; que le hice que se aprendiese de memoria el Código y que hace días pegué en el comedor, en la cocina, en el tocador y en la alcoba, un letrero que decía: «*Artículo 438.* El marido que, sorprendiendo en adulterio á su mujer, matare en el acto á ésta ó á su cómplice, será castigado con la pena de destierro.»

FAC. ¡Qué barbaridad!

AMA. Pero todo esto lo hacía porque con ello encontraba un lenitivo á mis temores.

FAC. Lo malo es que lo ocurrido me perjudica á mí de rechazo, porque con esa pena no está usted para atender al despacho.

AMA. Yo le juro á usted que sí, sacaré fuerzas de flaqueza, me arrancaré el corazón si es preciso.

FAC. No es para tanto.

AMA. Además, tengo esperanzas de encontrarla:

su amigo don Julio, á quien me recomendó usted, escribió al Gobernador solicitando que se hicieran averiguaciones y...

FAC. Y, apropósito: ¿el correo de hoy?...

AMA. Aquí está: hoy no es mucho; cuatro cartas.

FAC. A ver. (Rompe una) Esta es de nuestro representante de la Azucarera de Granada.

AMA. ¡Dónde estará! ¡Dónde!

FAC. A ver, lea. (Dándosela)

AMA. (Leyendo.) Sociedad Anónima Azucarera de España.

FAC. Déjese de membretes ahora: al texto.

AMA. (Enjugándose una lágrima.) ¡Dónde!

FAC. Al texto, hombre. (Amado sigue leyendo con voz entrecortada por sollozos.)

AMA. No, si ya lo he oído. «Señor don Facundo Cañizares. Respetable jefe. Los últimos precios cotizados en este mercado son los que siguen: *Florete superior,* ¡ay! 1,20 el kilogramo. *Morena centrífuga*, 90.» ¡Qué infame!

FAC. No se acuerde más de ella y lea.

AMA. Tiene usted razón. «*Pilón ídem*, 1,20; ¡ay! Blanca...»

FAC. Y dale con su mujer.

AMA. No, si es que leo aquí. «*Blanca de primera*, 1,25.»

FAC. ¡Ah!

AMA. «*Terciada*... noventa. Hago el giro ordinario. Suyo, Alberto Mingo...» ¡Ay!

FAC. Ría.

AMA. No puedo reir, don Facundo.

FAC. Alberto Mingorría... la firma.

AMA. Perdóneme usted, es que no veo ni leer siquiera.

FAC. Cuando yo digo... Leeré yo. (Rompe otra. Aparte.) Hombre, de Julio, y me acompaña una carta del gobernador. A ver... (Lee para sí.) Amigo don Julio: Me informan de que la señora, cuyo paradero desea usted saber, se encuentra en Aranjuez en casa de una tía suya llamada Josefa Rodríguez. Aprovecho esta ocasión...» (Guardando la carta.) ¡Conque en Aranjuez, en casa de su tía!... (Alto á Amado.) Apropósito: mi amigo Julio me es-

cribe acompañándome una carta del gobernador...

AMA. (Con ansiedad.) ¿Y qué? ¿Se ha averiguado algo.

FAC. Todo.

AMA. ¡Eh!

FAC. Sí, hombre, todo; ¿no le dije que no perdiera la esperanza?

AMA. Acabe usted por piedad.

FAC. Su mujer hace dos días está en... Castro-Urdiales.

AMA. ¡¡Ah!! Gracias, don Facundo, gracias. Ahora permítame usted que no le despida en la estación como era mi deseo: yo también parto.

FAC. Me lo figuraba. ¿Va usted á Castro-Urdiales?

AMA. Sí, señor, á Castro-Urdiales y quiera Dios que no tenga que ampararme en el *artículo 438* que dice: *El marido que...*

FAC. Ya, ya lo conozco.

AMA. Servidor de usted. Abstracción hecha de mi desventura, quedo como habitualmente á su entera disposición. (Mutis primera derecha.)

FAC. Bueno, hombre, adiós.

ESCENA VI

FACUNDO. Después, ANGEL primera lateral derecha

FAC. (Después de observar que nadie le ve, saca la carta y lee.) ...«en Aranjuez, en casa de una tía suya llamada Josefa Rodríguez.» (Guardando la carta.) La Providencia la pone en mi camino porque aunque mi mujer cree que voy á Suiza, mi camino es Aranjuez, no me cabe duda. En Aranjuez nadie me conoce, la veré y... ¿quién sabe?... por lo menos el artículo *438* sale para Castro-Urdiales.

ANG. (Tipo elegante, vanidoso.) Buenos días, amigo Cañizares.

FAC. Hola, Angelito, ¿qué tal va?

ANG. Aburrido. ¿Ustedes por lo visto de viaje?

FAC. Sí, mi mujer va á San Sebastián con los Palmadas y allí me reuniré con ella á mi regreso de Iverdón en Suiza.

ANG. A tomar las aguas, ¿eh?

FAC. Sí.

ANG. ¿Está usted enfermo?

FAC. ¡Oh! tengo la laringe destrozada. ¿Y usted, dónde va?

ANG. A Stokolmo.

FAC. ¿A Stokolmo? ¡Ah! No recordaba que mi querido Barón de Fuente Serena pertenece á la carrera diplomática.

ANG. Sí, la manía de papá; la carrera no es divertida; siempre de viaje. No hace dos meses que volví de Londres y en marcha otra vez. Vengo ahora del Ministerio donde me acaban de dar el nombramiento de agregado á la embajada de Suecia.

FAC. Mi enhorabuena. Y de conquistas, ¿cómo marchamos?

ANG. ¡Phs! ¡Ya me hastían! No tienen para mí el atractivo de la lucha... una mirada... una palabra y corazón rendido. A veces con la mirada me basta y, siguiendo así, creo que se me van á declarar ellas. Se conoce que tengo un flúido especial... Hay hombres que se hacen desgraciados por exceso de flúido. Me hastían, don Facundo. Yo quisiera lucha, encontrar resistencia. Pues nada. Facilidad desesperante que mata el encanto.

FAC. Hombre, eso es quejarse de vicio.

ANG. ¿Y qué quiere usted? (Pausa.) ¿Luisa marchó ya?

FAC. Está por ahí terminando los preparativos.

ANG. ¿Y aquella muchacha costurera que casaron ustedes con Amado? Hace días que no la veo por aquí.

FAC. ¡Ah! pero usted no sabe nada.

ANG. ¿Ha ocurrido algo?

FAC. ¿Ni las sospechas del marido ni los ramos de flores?

ANG. (¡Demonio! ¿Se habrá enterado?)

FAC. ¿Ni la huída?

ANG. Pero, ¿cómo? ¿ha abandonado al marido?

FAC. Hace dos días; es interesantísimo...

FER Señor. (Por la primera lateral derecha.)

FAC ¡Qué!

FER. Una familia desea ver el hotel.

FAC. No tengo tiempo: que pasen y avise usted á la señora. Venga usted, Angel. Me ayudará usted á hacer los últimos preparativos y le contaré lo de Amado; es interesantísimo. (Vanse los dos por segunda izquierda.)

ESCENA VII

REDONDO, PATROCINIO, NIEVES y FERMINA por la primera derecha

FER Pasen ustedes; voy á avisar á la señora: un momento: siéntense ustedes. (Mutis.)

(Redondo, Patrocinio y Nieves á la indicación de que se sienten, miran alrededor y ven todas las sillas y butacas ocupadas.)

RED. Patrocinio, ¿ha dicho que nos sentemos?

PAT. Sí.

NIE. Eso ha dicho.

RED. Bueno, pero, ¿dónde?

PAT. Es verdad; está todo tan ocupado que...

RED. Quitaremos algo de las sillas precisas, ¿no te parece?

PAT. Sí, es lo mejor.

(Redondo toma los objetos que hay sobre una silla, Nieves los de otra y Patrocinio los de otra. Redondo coloca los que tomó en la silla que ha dejado libre Nieves, ésta hace lo mismo en la que dejó libre Patro y ésta en la que dejó libre Redondo. Quedan, pues, las tres sillas de nuevo ocupadas. No han hecho más que cambiar el contenido de las mismas.)

RED. (A su mujer y á su hija.) ¡Qué! ¿no os sentáis?

PAT. Bueno, pero, ¿dónde?

RED. Aquí en este baúl caben dos.

PAT. ¡Por Dios, Redondo!

FER. (Saliendo.) La señora que la dispensen unos instantes.

RED. Muy bien: no tenemos prisa.

FER Siéntense ustedes. (Hace mutis.)

RED. ¿Lo oyes? Que nos sentemos.

PAT. Lo mejor es colocar sobre ese baúl alguna ropa.

RED. Sí, tienes razón. Anda, Nieves, hija mía, deja esto en el ropero improvisado. (Nieves deja la ropa sobre el baúl. Se sienta.) Ajajá. (Sentándose.) No es fea esta habitación, ¿verdad?

PAT. Un poco en desorden.

RED. Nuestra sillería de terciopelo rojo luciría doble, aquí, ¿verdad?

PAT. Por lo visto es que tienes decidido propósito de comprar este hotel.

RED. ¿Quién, yo? Ni pensarlo. Volvíamos de la Guindalera á pie, porque es muy saludable andar; estábamos un poco cansados, el sol apretaba de lo lindo, leí el letrero colocado en la verja y me dije: esta es la ocasión de descansar un momento y al mismo tiempo de ver un hotelito: como esto no cuesta el dinero ..

PAT. De modo que...

RED. Sí, hija, sí, lo veremos, nos enteraremos de lo que piden por él, nos parecerá un poco caro ó un poco chico y nada más.

PAT. Veo que me había hecho otra vez ilusiones. Sin embargo, tú puedes permitirte el lujo de comprarte un hotelito. Has hecho un buen capital en tu comercio de peletería fina. Hasta el traspaso lo has hecho en condiciones ventajosísimas y...

RED. ¡Pero, hija, si tenemos una casa llena de comodidades!

PAT. Sí, pero somos inquilinos y aquí seríamos dueños. Además, tener un hotel da importancia, viste: apuesto á que tus mismos amigos te mirarían de otra manera, y puesto que lo tienes...

RED. Eso no es razón, yo he ganado el dinero con mucha dificultad y lo gasto con mucha dificultad también. Además, los dos años que ha estado Nievecitas educándose en Londres, nos han costado más de lo que creíamos.

PAT. Justo y has educado á tu hija en el extran-

jero, para que no salga de un piso tercero de la calle de Ferraz. ¿De qué le sirve saber inglés si no tiene con quien hablarle?

NIEVES Lleva razón mamá.

RED. No la lleva.

PAT. Déjalo; con tu padre no se puede discutir. No he visto un hombre á quien le preocupe menos la vida social. Antes no sabía salir del mostrador, y ahora cuando quiere pasear, ya se sabe, el tranvía. Ayer á la Prosperidad, hoy á la Guindalera; la vuelta andando, y á casa. ¡Jesús qué hombre! Otro en tu lugar, ambicionaría ser algo, figurar, que saliese su nombre en los periódicos. Redondo por arriba... Redondo por abajo...

RED. ¡Ah! pero ¿es que ha salido poco mi nombre en los periódicos?

PAT. ¿Cuándo?

RED. ¿Cómo que cuándo? No anuncié mi liquidación en toda la prensa? ¿no estaba en cuarta plana debajo del cinturón eléctrico? Bien claro se leía: «Guerra á los sinapismos. No más parches porosos. Se acabaron las pulmonías con solo adquirir, ora una nutria, ora un kanguro, de la acreditada casa de Alejo Redondo.» ¡Me parece que más que sonó mi nombre!...

PAT ¿Y para qué?, para que se acabase la liquidación y si te he visto no me acuerdo. Yo en tu lugar me hubiese buscado un hueco en la política, ¡quién sabe! Otros con menos merecimientos llegan; sin ir más lejos, Chamorro, el esterero de al lado. ¿Qué figura, ni qué representación, ni qué dinero tiene ese hombre? Pues ahí lo tienes, concejal, pronunciando discursos todos los días, y ayer mismo le daba un bombo *El Imparcial.*

RED. ¿De veras?

PAT. Como lo oyes; le llamaba el ¡¡nefasto concejal!! ¡Quién se lo había de decir, cuando nos esteró toda la casa, que daba pena verlo gatear por el recibimiento!

RED. Es que ese ha llegado *á fuerza de arrastrarse*, y así no quiero yo puestos ni honores.

NIEVES Pero es que tú no has intentado de ninguna manera.

PAT. Ni socio de nada, ni forma parte de ninguna comisión.

RED. Te olvidas que soy socio de «La Cooperativa Militar», y respecto á significarme, acuérdate del voto de gracias que me dieron en la kermese del baile de la Latina por el donativo en pieles que les hice.

PAT. Yo lo que digo que por lo menos, en ese ojal debías llevar un distintivo; algo.

NIEVES Lleva razón mamá.

RED. No la lleva.

PAT. Sí que la llevo, y un hombre oscuro como tú, no sirve para nada.

RED. ¡Patro!... (Van subiendo de tono hasta terminar gritando desaforadamente.)

PAT. Te lo repito, para nada, más que para hacer la desgracia de una familia.

RED. ¿Yo, yo vuestra desgracia?

PAT. ¡Tú!

RED. Pues hemos acabado; ahora mismo, me voy.

PAT. Cuando quieras.

NIEVES ¡Pero, papá, por Dios!

RED. No hay papá que valga.

NIEVES Pero, mamá...

PAT. No hay madre que valga.

RED. Esto no se hace con un hombre como yo. (Dándole un puntapié á una maleta.)

PAT Esto no se hace con una mujer como yo. (Tirando ropa.)

NIEVES Esto no se hace en una casa extraña. (Recoge la ropa.)

ESCENA VIII

DICHOS y LUISA por primera izquierda

LUISA ¡Ah, señores! perdonen que les reciba en medio de este desorden.

RED. No, si los desordenados somos nosotros... y...

LUISA Pero, calle, si es el señor Redondo.

RED. ¡Cómo! ¿la señora?...

LUISA ¿Qué?... ¿no me reconoce usted?... La hija de don Mateo Pimentel, uno de sus mejores parroquianos.

RED. Espere usted. (Fijándose.)

PAT. Sí, hombre; la señorita Luisa

RED. En efecto, ahora caigo, sí; usted siempre regateaba mucho. Justo, recuerdo que me sacó usted una Marta, cosa riquísima, en ciento veinte pesetas. ¡Ah! en aquella venta, perdimos, ¿verdad, Patrocinio?

PAT. Por Dios, Alejo, no seas inconveniente.

RED. Vaya con doña Luisa: como hace tanto tiempo que no nos vemos y usted ha cambiado tanto...

LUISA ¿Qué? ¿me encuentra usted vieja?

PAT. (Alejo, que estás diciendo tonterías.)

RED. No, no es eso, quiero decir que... claro,... justo..., entonces era usted una niña, muy niña, y hoy... vamos, hoy, vamos...

PAT. (¿Dónde vamos?)

RED. Yo no lo sé.

PAT. Como este se ha retirado ya de los negocios, no recuerda...

LUISA Entendido, entonces era joven y... (Suspirando.) soltera. Hoy ya soy una señora casada con don Facundo Cañizares, rico propietario y uno de los principales accionistas del trust azucarero.

RED. ¡Hola, hola!

LUISA ¿Y esa señorita es hija de ustedes?

RED. Sí, señora.

LUISA ¿Hija única?

PAT. Única. Como este se ha retirado ya de los negocios, á ella sola dedicamos nuestros desvelos; crea usted que en esta ocasión, un varón no nos hubiese estorbado, ¿verdad?

RED. ¡Oh, la pareja! ¡siempre ha sido mi sueño una pareja, pero, en fin, Dios lo ha querido así!

PAT. (Alejo, que no digas tonterías.)

LUISA ¡Es muy linda!

PAT. Y si viera usted cómo domina el inglés; ha estado dos años en Londres con unos pa-

rientes, y se ha educado en uno de los mejores colegios.

RED. ¡Ah, el inglés! el inglés lo pronuncia como los naturales del país. Nieves, hija, dile algo en inglés a esta señora.

NIEVES If yon like.

RED. Fíjese usted en la clase de inglés, del mejor.

LUISA Es inútil, no lo entiendo. ¿Y no piensan ustedes casarla?

RED. ¡Anda! ¡Ya lo creo!

PAT. (A la niña.) Hojea ese album: la señora te da permiso.

LUISA Sí, lo que guste.

NIEVES (Siempre me alejan cuando las conversasiones se ponen interesantes.)

LUISA Qué, ¿hay algún candidato en puerta?

RED. No, todavía no.

PAT. Nosotros, como es natural, quisiéramos encontrarle un príncipe.

RED. Verá usted: en el principal de la misma casa que habitamos, vive el señor barón de Fuente Serena.

LUISA ¿Fuente Serena?

RED. Aquí, entre nosotros, me parece que de dinero no está muy sobrado: porque yo me he enterado que no beben vino en las comidas.

LUISA Los barones son amigos nuestros.

RED. (¡Demonio!)

PAT. (Alejo, mira lo que hablas.)

RED. No, le diré á usted; yo me he enterado de que no beben vino en las comidas, pero es por prescripción facultativa, ¿verdad?

PAT. Claro.

RED. El barón tiene el estómago perdido, pero es una excelentísima persona, ya lo creo.

LUISA ¿Usted lo ha tratado?

RED. No, pero me he enterado, y luego es uno de los títulos más preclaros, ¿verdad?

PAT. Claro.

RED. Y luego, la posición social que ocupa; por eso nosotros nos habíamos atrevido á pensar en su hijo Angel.

PAT. Un buen muchacho.

RED. Muy simpático.

PAT. Y con la carrera diplomática terminada.

LUISA Sí, sí, hay que casarla.

RED. Claro está que no ha pasado de un pensamiento, pero vamos, creo yo que no era mal negocio; ella aporta una buena dote; cincuenta mil duros; él un título ilustre y su posición.

LUISA Veo que piensan ustedes muy bien.

PAT. Lo malo es que no tenemos amistad con ellos, ni conocemos persona alguna que nos presente; vamos, esos primeros pasos necesarios...

LUISA Sí, sí, comprendo. Una amiga por ejemplo... es muy fácil.

NIEVES (Que ha ido al foro.) Mira, papá, qué bonita estufa.

LUISA Algo descuidada, pero tiene ejemplares rarísimos, ¿no la han visto ustedes?

PAT. No, nos hemos atrevido.

LUISA No faltaba más. pueden ustedes verla y puesto que tienen intención de adquirir el hotel...

RED. Sí, la intención desde luego: ahora que puede ser que... vamos.. consiste en... vamos...

PAT. Sí, vamos, vamos á verle.

LUISA (Llamando.) Fermina.

FER. Señora.

LUISA Acompaña á los señores á la estufa.

PAT. Con su permiso.

RED. (A su mujer,) ¿Ves qué tarde más entretenida y más barata? (Mutis foro.)

ESCENA IX

LUISA, después ANGEL y FACUNDO, segunda izquierda

LUISA Indublemente los Redondo llevan razón, la chica es un buen partido y los barones, en cuanto se enteren que aporta cincuenta mil duros, verán el cielo abierto. Algo calavera es Angel, ¡pero el matrimonio!... ¡Oh, no hay

nada como el matrimonio para arreglarles la cabeza á los hombres!

(Facundo y Angel saliendo.)

ANG. ¡Delicioso! Si á mí me dejasen así las señoras, sería feliz.

LUISA ¡Angel!... Llega oportunamente.

ANG. (Saludando.) Señora...

LUISA No sabe usted lo que me alegro verle.

ANG. ¿De veras? (Aparte.) (¡Hasta las casadas! ¡es una desgracia!)

LUISA Sí, voy á hacerle á usted un favor de esos que no se olvidan nunca.

FAC. ¡Hola, hola!

ANG. Cuente usted con mi agradecimiento por adelantado.

FAC. Veamos, veamos.

LUISA Un favor enorme, amigo Angel.

FAC. Bueno, pero acaba, ¿qué es ello?

LUISA Muy sencillo; que lo caso.

ANG. ¡¡Eh!!

FAC. ¡¡Otro!!

LUISA Le he encontrado un partido excelente, una muchacha lindísima, cincuenta mil duros de dote, educada en Inglaterra, una verdadera ganga.

ANG. Apuesto algo á que la joven en cuestión, ha solicitado mi mano. ¡Es una desgracia!

LUISA ¡Desgracia... un casamiento ventajosísimo!

FAC. No, si para tí todos los casamientos son una felicidad. (Saca el reloj.) Demonio, el tiempo corre que es un gusto y sentiría perder el tren; me quedan varios encargos que hacer, y.. ¡Fermina, Fermina!...

FER. Señorito.

FAC. Vaya usted por un coche, y deprisa, ¿eh?

FER. En seguida.

LUISA ¿Le has dicho á Amado dónde debe enviarte el correo?

FAC. Sí, á Iverdón, Suiza. Pero el caso es que Amado también se marcha.

LUISA ¿Cómo?

FAC. Calla, es verdad, que no te he dicho nada. Gracias á mí, se ha averiguado el paradero de Blanca. Está en Castro-Urdiales.

LUISA ¡En Castro-Urdiales! Es raro.

ANG. Como que está en Aranjuez: recuerde usted que me lo ha dicho cuando hablábamos...

FAC. (Este me estropea el plan.) ¿Le he dicho á usted en Aranjuez?

ANG. Sí.

FAC. Pues es en Castro-Urdiales; me equivocaría, como suenan casi igual: Castro-Urdiales, Aranjuez.

LUISA (Procuraré enterarme.)

FAC. Te advierto que después de todo, él es un ser insoportable, siempre celoso, espiándola...

LUISA Siempre te has interesado mucho por Blanca...

FAC. ¿Quién, yo? Vamos, si te oyese Amado, buena la teníamos; él que en todas partes ve un amante.

FER. (Saliendo.) El coche está en la puerta.

FAC. Llegó el instante, Luisa; un abrazo... ¡Ah, perdone usted; pero, ¡qué demonio! entre marido y mujer...

ANG. Estoy acostumbrado.

LUISA Supongo que me escribirás todos los días.

FAC Te prometo no perder correo. Despídeme de los Palmadas... y hasta San Sebastián.

ESCENA X

DICHOS, FERMINA, BARÓN y BARONESA DE FUENTE SERENA

FER. (Anunciando.) El Barón y la Baronesa de Fuente Serena.

FAC. (Á Angel.) ¡Sus papás de usted!

BARÓN (Entrando por la primera derecha. Estos dos personajes hablan despacio, escuchándose y con mucho énfasis.) ¡Qué calor!

AUG. ¡Qué bochorno!

BARÓN Madrid es inhabitable en el verano.

AUG. Absolutamente inhabitable. Venimos á despedirnos.

LUISA ¿Se van ustedes?

BARÓN ¡Oh, sin duda! ¡En esta época es necesario! ¡Los usos del mundo, las leyes de la sociedad lo exigen! Vamos á los Pirineos. (A Facundo.) ¿Usted, por lo visto, también?

FAC. Sí, salgo para Suiza; tengo el carruaje en la puerta.

AUG. ¡Oh, por nosotros no se detenga!

BARÓN De ninguna manera.

FAC. ¿Me acompaña usted, Angel?

ANG. Sí, lo dejo en la estación y vuelvo.

FAC. (Riendo.) ¡Ah! felicito á ustedes por el casamiento de Angel.

AUG
BARÓN } ¡Eh!

ANG. Un gran partido. (Riendo.)

FAC. (Riendo.) El verdadero estado del hombre. Vamos. (Mutis primera derecha.)

ESCENA XI

DICHOS menos ANGEL y FACUNDO

BARÓN ¿El casamiento de Angel?

LUISA Sí.

AUG. ¿De nuestro hijo?

LUISA Justo.

BARÓN Cómo, ¿se trata del matrimonio de nuestro hijo y nosotros no sabemos nada?

LUISA ¡Oh, Dios mío, soy yo la culpable! casi sin querer, he mediado en el asunto, y... Es una muchacha lindísima, educada en Inglaterra, cincuenta mil duros de dote.

AUG. ¡Cincuenta mil duros! Es una cantidad muy útil.

BARÓN Bastante útil; ¿pero y la familia?

LUISA Dignísima: el padre es un industrial que acaba de retirarse de los negocios con una gran fortuna. ¡Pero si deben ustedes conocerle! Vive en su misma casa; el señor Redondo.

AUG. ¿Redondo? ¡Sí! Ya lo creo. ¡Es chocante!

BARÓN Dispensa, Augusta. Sí, ya lo creo, es chocante: precisamente, la Baronesa y yo soñá-

bamos en ese matrimonio para Angel y nos preguntamos por qué medio podíamos entrar en relaciones...

LUISA ¿Sí? Entonces esto va á marchar admirablemente. Precisamente, los señores de Redondo están aquí, y voy á presentárselos.

BARÓN Una presentación... en este traje... los usos del mundo .. las leyes de la sociedad...

LUISA ¡Bueno! Por una vez, dejaremos á un lado los usos y las leyes. Los Redondos no son gente de gran cumplido. Voy á avisarles. (Va al foro y habla con Fermina.)

BARÓN Séanlo ó no, el traje de etiqueta era de rigor.

AUG. Absolutamente de rigor.

BARÓN El mundo tiene sus exigencias, la sociedad tiene sus leyes

AUG. Tienes razón, Héctor, pero la dote es bastante considerable, y...

BARÓN Sí, sí, arréglame el nudo de la corbata. (Forman grupo.)

ESCENA XII

DICHOS, REDONDO, SEÑORA é HIJA

RED. ¿Nos llama usted?

LUISA Sí, una cosa urgente. Tengo arreglado el casamiento de Nieves.

RED. / PAT. ¡Cómo!

NIEVES ¡Mi casamiento!

LUISA Vete á visitar la pajarera: hay canarios preciosos.

NIEVES (¡Y dale!) (Mutis foro.)

RED. ¿Ha dicho usted que tiene arreglado el casamiento de la niña?

LUISA Sí.

PAT. ¿Pero, con quién?

LUISA Con Angel: el hijo de los Barones de Fuente Serena.

RED. ¡Nuestros vecinos!

PAT. ¡Es posible!

LUISA Ahí los tienen: van ustedes á tener una entrevista.

PAT. ¡Una entrevista!

RED. ¡Pero así, de golpe y porrazo!

LUISA Es necesario.

PAT. Alejo, ven, ven que te arregle el nudo de la corbata.

LUISA ¡Pobres Redondos! están atontados con la noticia.

PAT. ¡Qué golpe, Alejo!

RED. Ya me veo en el almanaque de Gotha.

LUISA El señor y la señora de Redondo. (Saluda el Barón.) Los Barones de Fuente Serena. (Los Barones saludan haciendo una reverencia muy afectada. Redondo y su mujer le imitan. Los Barones repiten la reverencia. Alejo hace otras varias.) Siéntense ustedes. (Redondo sigue saludando.)

PAT. (Sujetando á Redondo.) Basta, hombre. (Pausa. Se sientan todos.)

BARÓN (Á su esposa.) No debemos ser los primeros en hablar.

AUG. De ningún modo.

PAT. (Á Redondo.) No debemos ser los primeros en hablar.

RED. De ninguna manera.

(Pausa, tosen, se vuelven á saludar.)

LUISA Pero, por Dios, señores, parece que la presentación les ha cortado el habla.

BARÓN Esperábamos que aquí los señores de Redondo...

AUG. Les corresponde lógicamente.

RED. (¿Ves? por fiarme de tí.)

PAT. (Es que temo que digas una tontería.)

RED. (¿Tontería? ahora verás.) Señores, la verdad, esto ha sido un escopetazo, y como el asunto es de importancia, nosotros... nosotros...

BARÓN (Á Augusta.) Hablaré yo. Nosotros...

RED. No, señor, nosotros..

BARÓN Digo, que nosotros, por nuestra parte, también hemos sido sorprendidos con la noticia, gracias á nuestra excelente amiga Luisa, que ha tenido á bien encargarse de una misión tan delicada.

LUISA Diga usted agradable.

AUG. Agradable y delicada.

BARON Dispensa, Augusta; delicada y agradable; pero tenemos la íntima persuasión (Tose.) de que nos será fácil entendernos.

RED. (Con naturalidad.) Sí, hombre, ya lo creo; precisamente, es un asunto tan fácil, que se despacha en un periquete.

PAT. Periquete no es culto.

RED. Vamos, quiero decir que se despacha con la Iglesia. (Me parece que más culto...)

BARÓN Sin embargo, antes de llegar á ese punto, es necesario concretar, fijar... El mundo tiene sus exigencias, la sociedad tiene sus leyes...

LUISA El señor Redondo no se atreve, sin duda, á indicarles que la novia, aunque nacida en humilde cuna, gracias á la laboriosidad de sus padres, puede aportar al casamiento una bonita suma.

RED. Eso, eso; nosotros dotamos á nuestra hija en cincuenta mil duros.

AUG. Lo sabemos. Nuestro hijo aporta...

BARÓN Dispensa, Augusta Nuestro hijo aporta su situación en la diplomacia, un título que creo haber llevado gloriosamente en las funciones públicas que ocupa. Soy vocal de la Junta consultiva del monopolio de cerillas fosfóricas y visito con frecuencia al Presidente del Consejo...

PAT. (Á su marido.) ¡Visita al Presidente del Consejo!

RED. (Ya lo oigo.) Nosotros, cincuenta mil seiscientos duros y nuestra honradez.

BARÓN Dispensa, Augusta, digo, dispense usted, señor Redondo. Puedo decir que gozo de una consideración .. (Tose.)

AUG. Y de una influencia...

BARÓN Y de una influencia, que me atrevo á calificar de... (Tose.)

AUG. Considerables.

BARÓN Considerables. En las altas esferas del Gobierno, nada de lo que solicito se me niega.

PAT. (Á Redondo.) (¿Lo oyes? Este podía proporcionarte una cruz.)

RED. (Y me la proporcionará.) Pues bien, señor Barón, nosotros, cincuenta y un mil duros, y nuestra honradez.

LUISA Y además el *trouseau.*

BARÓN Dejemos aparte las cuestiones de intereses.

AUG. Lo principal es que se trata de una familia estimable.

RED. Estimables sí somos.

BARÓN Nada vulgar.

RED. Nada.

AUG. Relativamente distinguida, y que si hoy llegaron á la prosperidad...

RED. No, ayer, ayer sí llegamos.

AUG. Bien, pero ha sido gracias á su trabajo.

RED. Gracias.

LUISA Vaya, veo que están ustedes de acuerdo. (Levantándose.)

BARÓN Absolutamente de acuerdo. (Idem.)

LUISA (Á Patro.) Habrá que prevenir á Nieves; y nadie mejor que usted. (Idem.)

PAT. Lleva usted razón: voy á buscarla. (Mutis foro.)

AUG. ¡Ah! ¡Aquí está Angel!

ESCENA XIII

DICHOS y ANGEL, primera izquierda

ANG. No ha querido que lo acompañe á la estación.

BARÓN Ven acá... ¿con que secretos para tu padre?

ANG. ¡Secretos!

BARÓN ¡Y de importancia!

AUG. Pero nos hemos enterado... (Aparte.) Y nos parece de perlas.

BARÓN De perlas. (Alto.) Nos van á presentar á tu futura.

ANG. A mi fu...

LUISA Es lo natural.

ANG. ¡Ah! ¿Pero es en serio?... Lo que digo, me agobian.

PAT. (Entrando con Nieves.) Ven, hija mía.

LUISA ¡Ah! ¡Ahí la tiene usted!

PAT. Serenidad, y no te cortes.
LUISA La señorita Nieves Redondo.
ANG. (Fijándose en ella.) ¡Nieves!
NIEVES ¡Angel!
ANG. (A Luisa.) Excuse usted presentarme; la señorita me conoce.
TODOS ¡¡Cómo!!
NIEVES Sí, de Londres.
ANG. Justo, tuve el gusto de saludarla en casa de nuestro amigo Mezcua.
BARÓN ¡Ah! ¿el agregado?
ANG. Si mal no recuerdo, en alguna de las reuniones que se dieron en la Embajada.
NIEVES En todas, y bailó usted conmigo.
LUISA (Alegre.) Entonces esto es hecho; reciba usted mi doble felicitación.
ANG. (Con fatuidad.) ¡Qué mujer no conoceré yo!
RED. (A Patro.) ¡Le agrada! ¡le agrada!
LUISA Entonces mientras los padres dan el ultimatum al asunto, demos nosotros un paseo por el jardín; quiero cogerle á la novia un ramo de flores y otro á usted.
ANG. ¡A mí! (Estoy temiendo que se me declare también .. ¡Es una desgracia!)
LUISA Vamos. (Por el foro.)
ANG. (Dándole el brazo.) Miss Nieves: he kinal enough to favorn me vith yonr arm.
NIEVES Certa inly sir With.
BARÓN Hacen buena pareja.
RED. A mí lo que me extraña es que se entiendan en esa jerga.

ESCENA XIV

BARÓN, AUGUSTA, PATROCINIO y REDONDO

BARÓN Todo se arregla maravillosamente.
RED. (Frotándose las manos.) Maravillosamente; casi se pueden publicar las amonestaciones.
BARÓN Y sin casi: la ceremonia tendrá efecto á nuestra vuelta de los Pirineos.
PAT. ¡Ah! ¿se van ustedes?

BARÓN Sin duda. Madrid es inhabitable en el verano. Dentro de ocho días no queda aquí nadie.

AUG. Más que los porteros.

BARÓN Y los guardias de Orden público.

RED. Y no todos.

BARÓN Lo que es para mí una familia que se queda en la Corte durante el verano, no existe. (Pausa. Redondo y Patro se miran.)

AUG. ¿Dónde van ustedes este año?

RED. ¿Nosotros?... pues este año...

PAT. Estamos indecisos entre la sierra ó la mar.

RED. Pero seguramente será la mar.

BARÓN Entonces me voy á permitir hacerles una recomendación.

RED. Venga, venga.

BARÓN ¿Conocen ustedes la Italia?

RED. ¿La Italia? No, pero hemos oído hablar muy bien de ella, ¿verdad?

BARÓN ¡Oh! visiten la Italia y á su vuelta me lo dirán. Roma, la gran urbe católica que acaricia el Tiber.

RED. También hemos oído hablar muy bien del Tiber, ¿verdad?

BARÓN Roma, la ciudad Imperial llena de recuerdos... ¡Las catacumbas!... el Coliseo... ¿habrán ustedes oído hablar de él?

RED. Del Coliseo Imperial... sí, mucho.

BARÓN Verona, la ciudad de los amantes; Nápoles, la ciudad del golfo; Venecia...

RED. La ciudad del Mercader. (A su mujer.) (¡Eh! ¿y esta observacioncita?)

BARÓN ¡Qué originalidad en Venecia! Tiene el mar por pavimento: las calles son canales, agua por todas partes, góndolas por todas partes.

RED. Eso no se ve en todas partes.

BARÓN Nada, nada; visiten la Italia y escríbanme: el viaje es baratísimo: un billete circular y ocho ó diez mil liras: eso es todo.

RED. ¡Oh, por lira más ó menos!... Nunca nos han dolido las liras á nosotros.

BARÓN Bien; nosotros, con su permiso, tenemos que retirarnos.

AUG. Con esto del viaje, apenas si tenemos tiempo.

BARÓN Vamos por Angel y á despedirnos de Luisa. ¿Vienen ustedes?

RED. Sí.

PAT. (Aparte.) Quédate: tenemos que hablar.

RED. (Al Barón, que le invita á pasar.) No, ustedes primero.

BARÓN Nosotros no podemos...

RED. ¿No?... ni nosotros...

BARÓN Bien; con su permiso. (Mutis foro.)

ESCENA XV

PATROCINIO y REDONDO

PAT. Ya has oído al Barón: para él una familia que se quede en Madrid durante el verano, no existe: supongo que querrás existir para él.

RED. Para él y para mí.

PAT. Es necesario que salgamos este verano; lo exige el porvenir de nuestra hija. Ya ves, Baronesa de Fuente-Serena.

RED. ¿Y dónde vamos á ir?

PAT. A Italia, la gran urbe católica, asiento del Papa... agua por todas partes...

RED. ¡Y cinco ó seis mil liras!... ¡de ninguna manera! La dote que damos á Nieves hace una gran mella en nuestra fortuna. Hay que ahorrar.

PAT. De manera que eres capaz de exponerte y exponer á nuestra hija á un ridículo, quedándonos en Madrid.

RED. Tanto como quedarnos, no digo... pero, en fin, buscaremos un punto barato, donde nadie nos conozca; en Fuencarral hay unas casas muy monas y están las hortalizas baratísimas...

PAT. Alejo... ¿pero serás capaz de llevarnos á Fuencarral?

RED. ¡Ah! ¿te parece cerca?... Pues hay una buena tirada en coche, y es carretera de Francia... y, en fin, si no te agrada Fuencarral,

podemos elegir otro punto... ¡Ah, mira, aquí hay un indicador: tal vez éste nos dé la solución! (Abre.) «Baños de mar en el Sardinero: Hoteles confortables: habitaciones desde veinte pesetas en adelante...» Esto debe ser aburridísimo y además creo que llueve mucho. ¡Hombre! Esto sí creo que... fíjate. «Real sitio. Aranjuez: gran fonda del Comercio: hospedaje desde cinco pesetas.» Esto es lo que nos conviene.

PAT. Pero, hombre, si en Aranjuez hace un calor horrible.

RED. ¿Quién te lo ha dicho? ¡En Aranjuez calor! La ciudad del Tajo, la ciudad de los espárragos, de los jardines...

PAT. Sí, la ciudad de lo que quieras, pero se ahogan los pájaros.

RED. Y dale con que hace calor en Aranjuez. ¿No te acuerdas de Felipe, aquel dependiente nuestro, que murió allí de pulmonía? Además, podemos pasear en barca por el río. No creo que ningún canal de Venecia pueda competir con el Tajo; y diciéndole al Barón que nos vamos á Italia...

PAT. Justo: y si á Angel se le ocurre hacernos una visita, que además será lo más probable...

RED. Ultimamente, se le da una disculpa. Un asunto, una desgracia de familia...

PAT. El que es la desgracia de una familia eres tú. (Empiezan á subir de tono y terminan gritando como anteriormente.)

RED. ¿Yo, yo la desgracia de una familia?

PAT. Sí, tú, y además un hombre oscuro.

RED. ¿Yo oscuro?

PAT. Sí, tú.

RED. Pues bien; hemos acabado.

PAT. Hemos acabado.

RED. Y ahora mismo me voy.

PAT. Y yo también.

ESCENA ULTIMA

ALEJO, PATROCINIO, BARÓN, AUGUSTA, ANGEL y NIEVES; al final FERMINA y los SEÑORES DE PALMADA

LUISA ¿Pero qué es eso que les ocurre?
RED. Nada, la emoción, la...
PAT. La alegría...
RED. Como vamos á perder nuestra única hija...
PAT. Y este se ha retirado ya de los negocios...
BARÓN (A Angel.) Pero es que hoy caminamos de sorpresa en sorpresa. Te destinan á Stokolmo y no nos dices nada hasta ahora.
RED. ¡Cómo! ¿se marcha á Stokolmo?
PAT. ¡Irse á América!... ¡ahora! Es un golpe terrible.
BARÓN ¡Oh! no, tranquilícense ustedes: de Stokolmo se vuelve: en las altas esferas gubernamentales no me pueden negar nada, y quiere decirse que al mismo tiempo que regresamos unos y otros del veraneo, Angel estará de vuelta también; yo conseguiré la licencia necesaria. Esto no entorpece en nada lo pactado: una ausencia que avivará el fuego que sienten los chicos.
RED. (Aparte á su mujer.) Y un gasto menos, porque ahora podemos ir á Aranjuez sin ningún miedo.
FER. Los señores de Palmada.
SRA. PALM. ¡Qué calor!
SR. PALM. ¡Qué bochorno!
SRA. PALM. Madrid es inhabitable en el verano.
RED. Para mí una familia que no sale en el verano, no existe.
PAT. ¡Hipócrita!
LUISA ¿Venís á buscarme?
SRA. PALM. Sí, la hora se acerca; el tren no espera.
LUISA Cuando querais. Fermina, el guardapolvo, el sombrero. Vamos, dese prisa.
SR. PALM. Andando.
TODOS Andando.
BARÓN Nosotros á los Pirineos.

LUISA Nosotros á San Sebastián.

ANG. Yo á Stokolmo.

BARÓN ¿Y usted, señor Redondo, se ha decidido al fin?

RED. Sí, señor Barón.

BARÓN ¿Y á dónde?

RED. A ran... A ran... á la... á la Italia.

BARÓN Me alegro: ¿me escribirá usted?

RED. Se lo prometo.

SR. PALM. Vamos, vamos... Hasta la vista. (Todos hablan á un tiempo. Abrazos, apretones de manos, frases como Buen viaje. Divertirse mucho. Que escribais, etc., etc.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en una fonda de Aranjuez. A la derecha del actor, dos puertas señaladas con los números 6 y 8. A la izquierda, otras dos con los números 7 y 9. En el fondo, pasillo, siendo practicables ambos lados, y en el centro del telón pasillo una ventana. En el centro de la escena una gran mesa con tapete y recado de escribir. En el centro de la mesa un florero grande con un ramo. En las paredes, anuncios de ferrocarriles, un cartel de toros y otros propios de hotel. Muebles adecuados.

ESCENA PRIMERA

VICENTA y MARCELO. Son dos criados de la fonda. Al levantarse el telón, Vicenta está mirando por el ojo de la cerradura del cuarto número 7, y Marcelo tiene cuidado de que no la sorprenda

MAR. ¿Qué? ¿se han *quitao* los velos?

VIC. La chica sí, y es muy mona.

MAR. Déjame ver... (Mirando.) ¡Vaya si es apetitosa!

VIC. A ver si te cogen.

MAR. (Mirando.) No, pues el aspecto que tienen no es de criminales.

VIC. Ya sabes que esta gente engaña.

MAR. Sí que es raro. No salen más que por la noche, y cuando lo hacen, se colocan, ellas unos velos espesos, él una bufanda y unas gafas negras. ¡Con el calor que hace!... ¡Si se deben cocer!

VIC. Como que no hay quien me quite de la cabeza que esta gente se oculta de algo.

MAR. Yo me leo la prensa todos los días, esperando encontrarme sus nombres complicados en algún *desaguisao*. ¿El no es don Severo Mondragón?

VIC. Así está sentado en el libro de la fonda: la familia Mondragón.

(En este momento, Redondo abre la puerta, ve los criados y vuelve á cerrarla.)

MAR. ¿Eh? Me pareció que salían. (Suena un timbre.)

VIC. Están llamando; te digo que si se me arregla la colocación en Madrid, me voy más que á escape. Es mucho trabajo el de una fonda.

MAR. ¿Es buena colocación?

VIC. Creo que es un título, y una casa muy tranquila...

MAR. Oye, acuérdate de mí.

VIC. Ya veremos. (Mutis los dos por el foro, derecha del actor.)

ESCENA II

REDONDO, PATRO y NIEVES. Salen del cuarto número 7 con grandes precauciones

RED. ¡No pisar tan fuerte, caramba!

PAT. ¡Pero Alejo, por Dios!... ¡Nos tienes fritas!

RED. ¡Y dale con Alejo! ¡No te olvides que aquí soy Severo.

PAT. Demasiado.

RED. Severo Mondragón: somos la familia de los Mondragones; es una precaución muy acertada. El día de mañana pudiera saberse que en lugar de ir á Italia hemos venido á Aranjuez, y figúrate la plancha ante los Barones.

PAT. Pero es que tu tacañería nos ha condenado á régimen celular. Todo el día metidos en el cuarto y jugando al tresillo.

RED. ¡Patro, no nos recriminemos! ¡Lo hecho, hecho está! Además, exagerais al hablar del régimen; hemos gozado del fresco muchas

noches, por cierto que están bien hermosas en estas latitudes, y hasta hemos engordado con la vida tranquila. Tú estás más llena.

PAT. Más llena de indignación cada día. ¿Pero tú llamas gozar del fresco á salir envueltos en unas bufandas, que parece que estamos en el Polo Norte?

RED. Otra precaución indispensable. Podría conocernos alguien.

NIEVES ¡Papá, esto es inicuo! ¡Y pensar que por ahorrarse unos miserables miles estamos aquí pasando vergüenzas!... en lugar de recorrer la patria del Dante y de Petrarca.. de la Fornarina...

RED. No nos recriminemos. Además, esta es la patria de una porción de gente.

NIEVES Hasta los mismos compañeros de fonda nos miran con cierta desconfianza; los criados cuchichean...

RED. Mejor, esa desconfianza nos proporciona la ventaja de que no intenten trabar amistad.

PAT. Alejo...

RED. ¡Y dale con Alejo!... Severo...

PAT. Pues bien, Severo, eres una fiera.

RED. ¿Yo? ¿Yo una fiera? (Van subiendo de tono hasta regañar como siempre.)

NIEVES ¡Y un padre desnaturalizado!

RED. ¿Yo desnaturalizado?... cuando esto lo hago por tu felicidad... Hemos acabado. Ahora mismo pido la cuenta y nos vamos á Madrid, y suceda lo que suceda.

PAT De lo cual serás tú solo el culpable.

RED. Vosotras.

PAT
NIEVES } ¡Tú! (Alzando la voz.)

RED. Vosotras. (Más fuerte.)

PAT.
NIEVES } ¡Tú! (Siguen chillando.)

RED. ¿Os parece bien? ¡Un escándalo en Venecia!

PAT. ¿En Venecia?

RED. Sí, señor, en Venecia, porque no olvideis que aunque estamos en Aranjuez, para los Barones salimos ayer de Verona con dirección á Venecia: que hemos recorrido Turín

y Milán, y que solo nos falta Roma; ese es nuestro itinerario.

PAT. Ese es el tuyo. Además, debes decirle que nos tienes todo el día jugando al tresillo.

RED. Patro... no nos recriminemos; hoy necesito más tranquilidad que nunca. Voy á escribirle al Barón desde Venecia; necesito poetizar... los canales... ¡agua por todas partes! Debo empaparme bien de Venecia.

NIEVES Yo creo que debes anunciarle nuestro regreso á Madrid.

RED. ¿A Madrid sin ver Roma, la gran urbe católica, asiento del Papa?... Nunca; acordaos que nos lo recomendó. Yo no desisto de Roma de ningún modo. Ultimamente me voy solo... es decir... supongo que me voy.

PAT. (A Nieves.) Pues si nos recomienda que demos la vuelta al mundo, nos entierran aquí.

RED. A propósito, ¿cómo se llamaba nuestro antigno corresponsal en Venecia; era Florencio Guidetti, verdad?

NIEVES Creo que era Gabriel.

RED. Sí, es verdad, Florencio era el de *Civitta Vechia*. Gracias á nuestro antiguo comercio, el Barón recibe las cartas desde los puntos fechados, de modo que no dejan lugar á duda. Ahora le escribiré á Guidetti para que reexpida la del Barón desde Venecia: pondré fecha desde pasado mañana.

PAT ¿Y qué hacemos nosotros?

RED. Mientras escribo, podéis darle otro repaso al *Manual de la conversación italiana*: es necesario que á nuestro regreso intercalemos en la conversación frases algo italianas; lo más corriente; por ejemplo: *¿Come state signora?*

NIEVES *Va bene, signore.*

RED. Muy bien; pronuncias correctamente. ¡Cuántos italianos habrá que no hablen así su lengua! (A Patro.) *¿E voi madamiguella ó signorina?*

PAT. *Perfettamente... vi riugrazio.*

RED. Mal, muy mal; no es eso. Pronuncias como un carretero.

PAT. Alejo, mira lo que dices.

RED. Sí, señor; como un carretero italiano; ¡eres imposible! (Igual efecto que antes.)

PAT. ¡Y tú inaguantable!

RED. Eres dura.

PAT Y tú oscuro.

RED. ¿Yo? ¿Oscuro yo?... Hemos acabado. Ahora mismo pido la cuenta.

PAT. A mí Prim.

RED. Patro, por Dios, no digas eso; cuando te se ocurra esa exclamación, dices: ¡A mí, Garibaldi!, que es más italiano.

PAT ¿Sabes lo que te digo?... que has conseguido que me harte de Italia sin verla.

RED. Y yo de tus recriminaciones, y esto tiene un término.

PAT. El que quieras.

RED. ¡Patro!
PAT. ¡Alejo! } (Igual efecto y mayor escándalo.)
NIEVES ¡Papá!

ESCENA III

DICHOS, FACUNDO, por el foro derecha; al final VICENTA, ídem

JAC. (Entrando.) ¡Hola! ¿En amor y compañía, verdad?

RED. (Transición.) Sí, en compañía, sí, y en amor también. La familia, digan lo que quieran los detractores de ella, es un encanto. ¿Verdad, monísima? (Haciendo á Patro una caricia.)

PAT. (Disimulando.) Sobre todo con un esposo como éste.

RED. Aquí el amigo Villalba no tiene la suerte de gozar de estas delicias. Según me ha dicho, se mantiene soltero.

FAC. Sí, yo no he tenido la suerte de rodearme de una familia tan encantadora como la del señor Monistrol.

RED. Favor que usted las hace.

PAT. (A Redondo.) (¡Cualquiera es más galante que tú!)

RED. (Aparte.) (Mujer, no vayamos á dar otro espectáculo.) Conque entrad en vuestra habitación, que en seguida que escriba daremos una vuelta; me acompañaréis hasta el Correo...

NIEVES (Saluda.) Servidora de usted.

FAC. A sus pies, señorita.

PAT. Muy buenas. (Vanse.)

FAC. Servidor.

ESCENA IV

FACUNDO y ALEJO

RED. Y qué, ¿se viene de dar un paseo?

FAC. Sí, vengo de hacer unas indagaciones: una persona que ando buscando. Con su permiso, voy á escribir cuatro letras.

RED. Yo también voy á contestarle á un amigo. Soy tan perezoso... Con su permiso.

FAC. Igual le digo. (Se sienta cada uno al lado de la mesa. Con el ramo que hay sobre la misma no se ven las caras.) Hace dos días que no le escribo á Luisa, y es capaz de plantarse en Iverdón.

RED. (Cogiendo la pluma.) Preparémonos para poetizar.

FAC. (Escribe.) «Iverdón, veinticuatro de Septiembre.»

RED. (Idem.) «Venecia, veinticuatro de Septiembre.»

FAC. «Querida Luisa.»

RED. «Querido Barón y respetable prócer: Acabamos de llegar á la ciudad de los Dogos. Con objeto de no perder el tiempo, le escribo á usted desde mi góndola, mecida por las aguas; ¡qué riqueza de aguas, señor barón!»

FAC. «Desde el chalet de Schwarenbach, á dos mil setecientos metros sobre el nivel del mar, te escribo estas líneas.»

RED. «Nos deslizamos en silencio por el Gran Canal, ¡mudos por la emoción! Esto es un canal, señor Barón, y lo demás es música.»

FAC. «Estoy presenciando un hermoso espectáculo, la salida del sol; quisiera que presenciases cómo sale aquí el sol. El que ve aquí un amanecer, no vuelve á levantarse tarde en su vida.»

RED. «¡Cuánta majestad, señor Barón!»

FAC. «¡Cuánta majestad, querida Luisa!» (Se oye dentro una voz que pregona.)
«Pericos de Aranjuez.»

RED. «Oigo á lo lejos el canto de los gondoleros.»

FAC. «Los pájaros saludan con su canto al astro del día.» (Se oye la campana del comedor de la fonda.)

RED. «Y la campana de San Marcos que llena el aire de melancólicos sonidos.»

FAC. «Y la campana de la iglesia llama á los fieles con eco dulcísimo.»

RED. Me parece que esto tiene color local.

FAC. Me está saliendo de lo más suizo posible, pero me falta algo... ¡Ah! Ya lo tengo. (Coge del ramo un pensamiento.) «Te envío este pensamiento que acabo de cortar para tí en el fondo de un abismo, á quinientos metros de profundidad.»

RED. (Dándose una palmada en la frente.) ¡Qué pensamiento tan profundo! Esto le va á gustar. «En fin, señor Barón, Venecia es una ciudad anfibia y semilíquida, que reparte sus caricias entre el agua y la tierra.»

FAC. «Tiene grandes deseos de verte, Facundo.»

RED. «Hasta nuestra vista, ó á *rivedersi, mio caro Barone.* Alejo.»

FAC. (Ya no me queda más que enviarla á Iverdón á un amigo mío, que la reexpedirá á mi mujer.)

RED. (Esta se la envío al corresponsal con dos líneas, y hecho.)

FAC. ¿Acabó usted? (Se levantan.)

RED. Sí, le doy mis excusas y le recuerdo lo perezoso que soy para escribir.

VIC. (Entrando.) ¡Señor Villalba, señor Villalba!

FAC. (Sin acordarse.) ¿Es á usted?

RED. No, á usted; yo soy Redondo.

FAC. ¿Cómo Redondo? Mondragón.

RED. ¡Sí es verdad! No me acordaba. Estaba pensando en mi primo Redondo .. y mi tío Redondo... pero yo soy Mondragón.

FAC. (Aparte.) Ya no me acordaba que yo era Villalba. (A Vicenta.) ¿Qué hay?

VIC. ¿Cómo dice usted que se llamaba la señora esa?

FAC. (Aparte.) Josefa Rodríguez, y la joven que debe vivir con ella, Blanca.

VIC. Pues descuide usté, que esta tarde me enteraré.

FAC. Ya sabes que te he ofrecido una buena propina. (A Alejo.) Vaya, hasta luego, Mondragón.

RED. ¡Chis!... ¡Villalba... un minuto!

FAC. ¿Quería usted algo?

RED. Usted que conoce más la casa, ¿esta criada es de fiar?

FAC. Muy buena persona.

RED. Parece demasiado entrometida. Ya la he cogido dos veces mirando por el ojo de la cerradura de nuestro cuarto y...

FAC. Estaría limpiando. Le repito que es buena persona y puede usted confiar en ella. Vaya, hasta luego.

RED. Adiós. (Hacen mutis Vicenta y Facundo foro derecha.)

ESCENA V

REDONDO, PATRO y NIEVES

RED. (Se dirige al cuarto, llama y asomando la cabeza dice.) Sacaros la bufanda, los velos y las gafas.

PAT. (Saliendo.) ¿Has acabado ya?

RED. Sí, vamos á gozar del fresco.

PAT. Vamos á sudar, dirás mejor.

RED. Patro, que no quiero recriminaciones; anda, ponte el velo y tú también. Dame á mí las gafas y la bufanda. (Poniéndoselas.) ¡Ajajá! Después de echar la carta, nos iremos por la ribera del Tajo; es un paseo delicioso. Nos deslizaremos en silencio, mudos por la emoción...

NIEVES Pero ten en cuenta que hasta ahora no hemos visto nada absolutamante del pueblo; ni los jardines, ni el palacio.

RED. Pero, ¿qué tiene que ver el palacio? Un caserón deshabitado, sin una mala estera, medio hundiéndose, las paredes y nada más que las paredes. Lo arruinó un terremoto.

NIEVES Pero los jardines...

RED. Cuatro macizos de *bónibus* y tres álamos viejos. Los destruyó un incendio.

PAT. (A su hija.) Sí, hija, sí; según tu padre, son mucho mejor las Cambroneras.

RED. Por lo menos son típicas; recuerdan el Madrid viejo.

PAT. ¡Tú sí que estás hecho un viejo insoportable!

ESCENA VI

DICHOS. Se oye dentro la voz de MARCELO, que grita. ANGEL y VICENTA, con una maleta

MAR. (Desde dentro.) Al número ocho, señor de Garrido. (Entra Angel, seguido de Vicenta, y al mismo tiempo salen Redondo, Patro y Nieves.)

VIC. Por aquí.

ANG. ¡Gracias á Dios!

RED. ¡Angel!
PAT. ¡Tu novio! } (A un tiempo.)
NIEVES ¡El!

(Corren y se meten en el cuarto y cierran.)

ANG. (A Vicenta.) ¿Qué les sucede á esa gente?

VIC. ¡Qué sé yo! ¡Estos señores de Monistrol son tan raros!... Parece que han hecho voto de que no les vea nadie.

ANG. Bien; deja la maleta en mi cuarto y sal en seguida, que tengo que hacerte un encargo. (Vicenta entra en el ocho.) Heme aquí en el Real Sitio: mis padres y mi prometida me creerán en Stokolmo embargado por las tareas diplomáticas ó venciendo corazones. Sin embargo, he logrado una prórroga, y me aprovecho de ella para acabar de una vez con esa

virtud. ¡Es raro! Ninguna mujer se me ha resistido, y esa Blanca, con sus desvíos, ha picado mi amor propio. Es la primera, mejor dicho, la única mujer que se me ha torcido. ¡Ah!... pero caerá, y... ¿quién sabe si su huída obedece á eso precisamente? Claro, se vería desfallecer, no tendría ya fuerzas para negarse y puso tierra por medio. Pero le ha salido mal la cuenta. Hasta ahora me seguían á mí las mujeres; justo es que una vez las siga yo á ellas.

VIC. (Saliendo.) Ya tiene usted todo arreglado.

ANG. Está bien: ahora vas á procurar enterarte dónde vive una tal Josefa Rodríguez...

VIC. ¿Que tiene una sobrina que se llama Blanca?

ANG. ¡Exacto! ¿pero cómo tú sabes?...

VIC. Esta tarde lo sabré todo y se lo diré al señorito.

ANG. Bien.

VIC. ¿El nombre del señorito por si preguntasen?

ANG. Angel.. digo, no; Luis Garrido. (Entrando en su cuarto.)

VIC. (Haciendo mutis.) ¡Es extraño! Ninguno sabe cómo se llama así al pronto. (Mutis foro derecha.)

ESCENA VII

REDONDO, PATRO y NIEVES

Salen con cuidado. La escena la han de llevar á media voz, subiendo de tono cuando el diálogo lo indique

RED. (Asomándose.) Sí, ha debido entrar en su cuarto.

PAT. Anda, pide la cuenta y vámonos; no hay otra solución.

NIEVES Si se enterase de que estamos aquí... ¡qué ridículo!

PAT. ¡Y adiós matrimonio! Y todo por culpa de tu padre.

RED. ¡Ah! ¿Tengo yo la culpa de que haya venido cuando le creíamos en Stokolmo?

PAT. Se habrá enterado tal vez.

RED. ¿Pero por quién?...

PAT. ¡Qué sé yo!... una persona que nos vió en la estación... una amiga indiscreta... ¡vaya usted á saber!...

RED. ¿Ves?. . Si hubiésemos salido de Madrid con gafas y velos.,.

NIEVES Pero, papá, ¿también en Madrid?...

RED. Basta, basta; no es momento de recriminaciones; á pagar y á... á... ¿dónde vamos?

PAT. Eso; ¿dónde?

RED. ¡Ah, sí! Aquí en Ciempozuelos hay casas muy baratas y dicen que se come admirablemente.

PAT. ¡Ciempozuelos!... ¡Un pueblo de veinte personas!...

RED. No, no tan pueblo. ¡Ciempozuelos! ¡Ciempozuelos! (Exagerando el Ciem.) Además, tiene estación de ferrocarril y colegio de niños, y estanco... ¡y unos alrededores!

PAT. Alejo, tú te has propuesto matarnos.

RED. Pues no hay otra solución: Ciempozuelos ó Madrid.

NIEVES Prefiero Madrid.

PAT. Y yo.

RED. Pero es necesario justificarlo. ¡Ah! ya caigo: decimos que hemos anticipado el viaje por... una enfermedad tuya.

PAT. Y no mientes, porque yo voy á reventar... se me va á revolver la sangre... y me va á brotar cualquier cosa.

RED. Ya te buscaremos una enfermedad de esas que al principio son muy alarmantes y luego no son nada. Una pulmonía doble, por ejemplo.

PAT. ¡Una pulmonía doble!

RED. Sí, que creímos que era doble y luego resultó sencilla. Con tal de que los primeros días tosas algo... procura tomar frío... quítate la camiseta.

PAT. ¡Ay, Alejo... Alejo!... en qué compromisos nos pone tu tacañería.

RED. Por Dios, Patro, nada de recriminaciones y á salir del apuro. Ah, mira, de paso que nos

vamos, compraremos para el Barón uno de esos relojes de pared pequeñitos que vimos el otro día: son muy raros y muy baratos: cuatro pesetas; pero como lo que tiene importancia es el recuerdo... la intención...

PAT. ¿Pero de Italia vas á traer un reloj de pared?

RED. Son rarísimos, de madera calada con su pendolita... y sus pesitas... yo no los he visto más que aquí y tienen un gran surtido. Además, llevaremos un aristón, eso es de un sabor local tremendo... ya sabes que Italia es el país de la música por excelencia... Beethoven... Wagner...

NIEVES Parece que viene gente.

RED. Adentro, á concluir de arreglar la maleta y á Madrid.

PAT. Sí, á Madrid, y allí me las pagarás todas juntas. (Mutis á su cuarto.)

ESCENA VIII

FACUNDO, voz dentro de MARCELO, VICENTA y LUISA

FAC. (Entrando foro derecha.) ¡Ea! ¡ya eché la carta! Ahora veremos si la criada ha averiguado mi encargo, y á disponer mi plan de batalla.

(Se oye dentro la voz de Marcelo que dice:)

MAR. Número 6. Señora de Ramírez.

FAC. ¡Hombre, una mujer!

VIC. (Entrando seguida de Luisa.) ¡Por aquí!

FAC. ¡La mía! (Entra corriendo en su cuarto.)

LUISA ¿Por qué corre ese caballero?

VIC. ¡Qué sé yo! Se habrá contagiado de los Mondragón. Hoy es día de carreras.

LUISA Entre usted la maleta en mi cuarto y dígale á ese joven que se ha quedado fuera, que pase.

VIC. Está bien. (Medio mutis.)

LUISA ¡Ah, un momento! ¿Sabe usted si hay en la fonda algún huéped que se llame don Facundo Cañizares?

VIC. ¿Cañizares? (Recordando.) ¡Cañizares!... Espere usted. Aquí tenemos Garrido, Villalba, Los Mondragones... Arriba tenemos los Carrillos... Abajo tenemos Lafuente y en el pasillo... ¿qué es lo que tenemos en el pasillo?... ¡ah, sí, las esteras!.. Ese apellido no le hay.

LUISA Bien, vaya usted.

(Hace mutis Vicenta por el cuarto número 6, volviendo á salir por el foro.)

ESCENA IX

LUISA; después AMADO y VICENTA

LUISA ¡Ah, seductor! ¿Conque á Iverdón? No en vano sospechaba de su conducta; pero á mí se me puede engañar como á ese pobre Amado. A una mujer celosa de su honor, no se le escapa el más pequeño detalle. Cuando me escribió el marido contándome su odisea en Castro-Urdiales lo adiviné todo. Cañizares estaba aquí; Blanca estaba aquí; Angel había dicho la verdad, y ese monstruo está á punto de sufrir su castigo.

AMA. (Entrando.) ¿Se puede?

LUISA Pase usted, Amado.

VIC. ¿El señorito no desea habitación?

LUISA No, se marcha en seguida. (Mutis de Vicenta.)

AMA. Por fin, señora, ¿podré saber?...

LUISA ¿Por qué le he hecho venir hasta aquí? Muy sencillo; (Con ironía.) porque mi esposo me ha enterado fijamente del paradero de Blanca.

AMA. ¡Ah! ¿pero don Facundo ha seguido haciendo averiguaciones? ¡Alma generosa!... ¡Alma grande!

LUISA ¡Muy grande!

AMA. Ni aun en los momentos de descanso, cuando su laringe reclamaba una completa tranquilidad ha dejado de pensar en la situación de su desgraciado secretario: ¡alma sublime! ¡alma de Dios!

LUISA Bien, dejemos las sublimidades y vamos al

asunto: ¿usted no recuerda si su mujer tenía aquí parientes?

AMA. ¿Parientes?... ¡Ah! sí, recuerdo vagamente que me habló de una tía suya, lejana, pero tía; y hasta creo que alguna vez que otra le escribía.

LUISA ¿Recuerda usted cómo se llamaba?

AMA. Se llamaba... se llamaba... ¡Ah, esa mujer se ha llevado con mis ilusiones mi memoria...

LUISA Vamos, tranquilícese y recuerde. Aranjuez no tiene muchos vecinos y sería fácil...

AMA. (Recordando.) Sí, justo, Josefa; el apellido es el que no recuerdo.

LUISA No importa. (Toca un timbre.)

AMA. ¿Cómo pagarle á usted el interés que demuestra por esta víctima: ¡alma heróica!

VIC. (Entrando.) ¿Llamaban?

LUISA Sí. ¿Conoce usted por casualidad en el pueblo á una mujer llamada Josefa?...

VIC. (Continuando.) Rodriguez, ¿que tiene una sobrina que se llama Blanca?

AMA. (Dando un grito.) ¡Ah!

VIC. ¿Qué le pasa al señorito?

LUISA No, nada. (A Amado.) Es necesario que se domine usted si quiere conseguir su deseo. (Á Vicenta.) ¿De modo que sabe usted?...

VIC. Todavía no, pero á la tarde lo sabré todo.

LUISA Basta; retírese usted.

VIC. (Haciendo mutis.) Esta Josefa trae más forasteros que un día de toros.

LUISA (Á Amado.) ¿Ha oído usted?

AMA. Gracias, señora, gracias; lo que siento es no poder echarme á los pies de su esposo: ¡está tan lejos!

LUISA ¡Quién sabe!

AMA. ¡Y ahora, á soprender á la infame! ¡El Código me ampara; mi amor, muerto en su florecimiento, me lo exige; voy á vengarme!

LUISA ¡No hará usted eso!

AMA. ¡Cómo! ¿Usted quiere que sujete mi mano justiciera?... ¿que no la deje caer?...

LUISA ¡Ya caerá! ¡Antes es necesario que caiga otro!

AMA. No comprendo.

LUISA Prométame usted seguir fielmente mis instrucciones; de ellas depende su felicidad.

AMA. Ordene usted.

LUISA Primero es necesario convencerse de si Blanca ha faltado á sus deberes, que lo dudo. (Amado hace un ademán de hablar.) Que lo dudo, repito á usted. No se puede condenar por un hecho aislado que acaso sea la demostración más firme de su virtud.

AMA. ¡Ah, señora; qué tónico moral me resultan sus palabras!... ¡Si ella no hubiese capitulado; si Gerona siguiese con las puertas cerradas al enemigo!...

LUISA Gerona, no sé; pero Blanca casi se lo aseguro. Así, pues, es necesario que indague usted el domicilio de su tía, que vigile las personas que entran y que venga inmediatamente á darme cuenta de todo; después ya le diré lo que hemos de bacer.

AMA. Y si viese á ella... á mi Blanca...

LUISA Procure usted que ella no le vea y domínese; le repito que de seguir mis instrucciones á no seguirlas depende su felicidad.

AMA. Las seguiré, señora; dominaré los impulsos de un amor muerto al florecer; olvidaré el amparo que me presta el artículo 438 del Código, y si la veo... si la veo. . si hieren mis ojos los suyos llameantes, rasgados, candentes... si diviso su nariz helénica y su boca más roja que la granada, cerraré la mía para que no se escape el grito que subirá á ella aunque me ahogue al quedarse en mis labios. Adiós, señora... Las seguiré... las seguiré. (Mutis foro derecha.)

ESCENA X

LUISA; después ANGEL por la puerta de su cuarto

LUISA ¡Y pensar que casi en la misma situación que ese pobre Amado me encuentro yo! Es necesario que nadie lo sospeche, que nadie se entere. Todo menos correr el ridículo de una mujer engañada.

ANG. (Saliendo.) Ea, vamos á hacer averigua...

LUISA ¡Angel!

ANG. ¡Luisa!

LUISA (Aparte.) ¡Dios mío, qué rayo de luz: será este el... y yo he sospechado de Facundo!...

ANG. (Aparte.) Me ha seguido, aprovechando la ausencia del esposo... Con razón sospechaba yo...

LUISA (Aparte.) Veremos si puedo...

ANG. (Aparte.) ¡Otra víctima!... ¡Es una desgracia!

LUISA ¿Cómo, usted por aquí?... ¡Yo le suponía en Stokolmo!

ANG. ¡Y yo á usted en San Sebastián!

LUISA Sí, verdaderamente... es una sorpresa.

ANG. (Dándose importancia.) Para mí casi puede decirse que no lo es... la esperaba, si no hoy, mañana... si no un día, otro... Es una desgracia.

LUISA ¿Al habernos encontrado llama usted desgracia?

ANG. (Aparte.) ¡Pobre corazón herido! ¡La verdad es que soy demasiado cruel! (A ella insinuante.) Donde he dicho desgracia, ponga usted fortuna, ó si le parece mejor, felicidad, placer supremo... dicha embriagadora...

LUISA (Aparte.) ¿Pues no se atreve á galantearme? (Alto.) Amigo Angel..

ANG. Nada, ni una palabra, sería cruel dejarla á usted hablar; hace tiempo que lo veía y soy yo el que veladamente le va á evitar el trabajo de una confesión. Usted viene siguiendo á un hombre.

LUISA Justo.

ANG. (Aparte.) ¡Es una desgracia! (Alto.) A un hombre á quien ama.

LUISA Cierto.

ANG. (Aparte.) ¡Cómo leo en el corazón!

RED. (Saliendo.) Pero esa cuenta no lle... ¡¡Maledetto!! (Entra precipitadamente.)

LUISA (Sorprendida.) ¡Eh! ¿Quién es ese italiano?

ANG. No sé. Creo que se llama Mondragón. Y volviendo á nuestra confesión, mejor dicho, á su confesión...

LUISA Que yo le ahorraré el trabajo de acabar,

añadiendo: Vengo impulsada por los celos en busca de un hombre que amo y me encuentro en su lugar á otro que olvidando que va á contraer matrimonio en plazo bien corto, persigue á una mujer casada.

ANG. (Aparte.) ¡Maledetto!... digo, ¡demonio! ¿Pues no hablo yo en italiano?

LUISA Sin tener en cuenta que con esa persecución ha llevado la desgracia á un hogar feliz y está á punto de perder un matrimonio ventajosísimo.

ANG. (Aparte.) Pues no venía por mí... Es una desgracia...

LUISA Y que el marido que lo sabe todo, y conoce el artículo 438 del Código Penal, está dispuesto á hacer correr al seductor un papel más que ridículo.

ANG. Eso ocurriría tratándose de otra persona; en cuanto á mí, lo de correr...

ESCENA XI

DICHOS y AMADO

AMA. ¿Se puede?

LUISA El marido.

ANG. ¡El! (Corre y se mete en su cuarto.)

LUISA (Riendo.) Pase usted, Amado. (Aparte.) ¡Es este, no me cabe duda! ¡Y yo que había sospechado de mi pobre Facundo! (Alto.) Qué, ¿ha averiguado usted algo?

AMA. Todo.

LUISA ¿Está aquí?

AMA. Estuvo.

LUISA ¡Cómo!

AMA. Sí, señora; la fatalidad me acompaña, la desgracia me lleva de la mano; me indican una pista y es falsa; encuentro la verdadera y se me escapa. ¡Ah! ¡de mí se apodera la caquexia!...

LUISA Pero, ¿acabará usted de explicarme lo que ocurre? ¿Esa Josefa?...

AMA. Rodríguez. Vive aquí; sí, señora, y además es tía tercera de Blanca.

LUISA Luego Blanca...

AMA. Es sobrina tercera de Josefa. Ha estado aquí con ella cuarenta y cinco días; he preguntado á los vecinos colindantes ó inmediatos...

LUISA ¿Ha hecho usted eso?

AMA. A ver qué vida...

LUISA No se lo recrimino.

AMA. A ver qué vida hacía, digo, y el resultado es un caos en el que me sumo, un Oceano de contradiciones en el que me sumerjo. El tendero me ha dicho que apenas salía de casa; el zapatero, que salía por las noches esquivando las miradas como si temiese algo; el barbero me ha dicho... ¡que le gustaba muchísimo!... ¡Y entre todos han añadido al martirio que me atenaza, otro más cruel; el de la duda que me corroe!

LUISA ¿Pero, usted duda?

AMA. ¡Qué duda cabe!

LUISA ¿Y cuándo se ha ido?

AMA. Hace tres días marcharon ella y la Josefa con rumbo desconocido, á un punto no conocido.

LUISA (Aparte.) Indudablemente la presencia del sátiro diplomático les ha hecho huir. Bien, venga usted; tenemos necesidad de partir inmediatamente á Madrid, á telegrafiar á mi esposo; y en cuanto á Blanca, ahora más que nunca creo que no ha faltado á sus deberes: acaso la encuentre usted en la corte. Vamos.

AMA. Yo creo que lo mejor es acudir de una vez á los tribunales. La balanza equitativa de la justicia acaso podría...

LUISA Aun no; el escándalo es mil veces peor. Venga. (Hacen mutis por la puerta del cuarto número 8.)

ESCENA XII

A poco de entrar Amado y Luisa, se oirá un timbre, inmediatamente otro, luego otro y otro, y continuarán hasta la salida de MARCELO. Sucesivamente, voces de REDONDO, ANGEL, FACUNDO y AMADO

MAR. (Entrando.) ¡Voy! (Se fija en el cuadro indicador.) El 7, el 9, el 6, el 8... ¡Qué barbaridad! (Siguen sonando los timbres.) ¡Voy! (Llamando en el cuarto número 7.) ¿Llamaban los señores?

RED. (Desde dentro.) Nuestra cuenta volando.... ¡*presto*!

MAR. ¿Pero, es que se van ustedes?... ¿No dijeron que hasta fines de mes?...

RED. (Enfadado.) Hacemos lo que nos da la gana. Nos vamos cuando nos acomoda.

MAR. Bien, bien. (Al cuarto número 9.) ¿Llamaba el señor?

ANG. (Desde dentro.) Oiga... la cuenta á escape.

MAR. ¡¡Otro!! (Al cuarto número 6.) ¿Se puede?

FAC. (Desde dentro.) ¡¡No!! (Aterrorizado.) Súbeme mi cuenta en seguida.

MAR. ¡Y van tres! (Se dirige al cuarto número 8 y llama.)

AMA. (Asomándose) Tráete la cuenta de la señora.

MAR. ¡Cómo! ¿la señora que acaba de llegar?

AMA. La señora se va cuando le da la gana. ¿Vas á oponer tu veto?

MAR. ¡Pero si solo tiene que pagar el coche de venida!

AMA. La señora paga lo que le acomoda. No divagues y pide la cuenta. (Entra.)

MAR. ¡Está bien! ¡Parece que se han puesto de acuerdo!.. ¡Ni que hubiera aquí epidemia!...

ESCENA XIII

DICHOS y VICENTA

VIC. (Entrando.) ¿He caído en falta?

MAR. ¡Sí, sí... lo que has caído es en sobra! ¡Se van todos!

VIC. ¿Que se marchan?

MAR. Acaban de pedir las cuentas á escape. Voy á subirlas. (Vase foro.)

VIC. Puede que se hayan enterado por otra parte que la tal Blanca no está en el pueblo: como todos venían á una... En fin, yo les doy el recado por si acaso, y por si me dan la propina ofrecida. (Llama el número 6.) ¡Señor Villalba!

FAC. (Dentro.) ¿Qué hay?

VIC. De aquel encargo que me hizo usted de la Blanca.

FAC. (Gritando, pero sin abrir.) Yo no he hecho ningún encargo.

VIC. ¿Cómo que no? ¿Pues no me dijo usted que averiguase...?

FAC. ¡Yo no le he dicho nada á nadie!

VIC. Pero si es que la Blanca...

FAC. (Muy fuerte.) Que se calle usted.

VIC. ¡Me habré yo equivocado!... Voy á decírselo al señor Garrido; de éste estoy segura. (Llama en el número 9.)

ANG. ¿Es la cuenta? (Desde dentro.)

VIC. Soy yo, señorito, que le traigo la razón de Blanca.

ANG. (Gritando.) Yo no conozco ninguna Blanca. ¡Quítese usted de en medio!

VIC. ¡Cómo! ¿Pero no me dijo usted que preguntase por una tal Josefa, y que...?

ANG. ¡Yo no conozco á ninguna Josefa; usté está loca!... Yo no le he dicho nada... ¡Y haga el favor de callar!

VIC. ¿Si estaré loca de verdad?... Pues juraría que...

AMA. (Asomándose.) ¿Pero no traen esa cuenta?

VIC. A propósito: dígale á la señora, que lo que me encargó de Blanca...

AMA. ¡Basta! no queremos saber nada. No conocemos á ninguna Blanca. ¡Déjenos en paz! (Entra.)

VIC. (Asombrada.) ¡Tampoco!... Pero, señor, si yo... (Titubea un poco y llama al 7.)

RED. (Desde dentro.) *¿Cosa volete?*

VIC. ¿Ustedes han preguntado por una tal Blanca?

RED. (Furioso.) Nosotros no hemos preguntado por nadie. La cuenta es lo que queremos.

VIC. Pues no lo entiendo. Vamos, que yo no estoy en esta fonda ni un día más. (Mutis.)

ESCENA XIV

Vuelven á oirse los timbres. MARCELO, saliendo por el foro con las cuatro cuentas

MAR. ¡Anda, y qué prisa les corre! (Va llamando en cada cuarto, diciendo «La cuenta», y de todos ellos asoma solo la mano para cogerla.) El amo quería que les preguntase si tenían alguna queja del servicio, ¡pero no sé cómo! ¡No veo más que brazos sueltos! Yo creo que ni propina van á dar. (Suena un timbre á dentro.) ¡Viajeros, menos mal; unos se van y otros vienen! (Mutis foros.)

ESCENA ULTIMA

REDONDO, PATROCINIO, NIEVES, ANGEL, LUISA, AMADO y FACUNDO. Al final el BARÓN, AUGUSTA y VICENTA.

Sale al mismo tiempo cada uno de su cuarto, con las maletas, sombrereras, etc., etc., avanzan y hasta llegar al centro no se reconocen. Alejo lleva en la mano la bufanda que comienza á ponerse después de salir. Patrocinio y Nieves hacen también ademán de ponerse los velos que llevan en la mano

RED. (Saliendo.) ¡Mil ochocientas cincuenta y nueve pesetas y veinte céntimos! ¡Qué abuso!... ¡Esto es Sierra Morena!

PAT (Idem.) ¡Anda, toma economías! Te está bien empleado.

LUISA (Idem.) Vamos... vamos.

FAC. (Idem.) Pongamos tierra por medio.

ANG. (Idem.) ¡Gracias á Dios!

(Al llegar al centro, se reconocen todos y dan un grito, dejando caer las maletas, sombrereras, etc., etc.)

LUISA ¡Los Redondos!

AMA. ¡Don Facundo!

ANG. ¡Ellos!

RED. ¡¡Waterlóo!!

LUISA ¡¡Qué encuentro!! (Aparte.) (¡Era él!... ¡y yo que le iba á telegrafiar al miserable!...)

FAC. ¿Me explicarás que te encuentre con mi Secretario?...

LUISA ¡Todo! (Aparte, pellizcándole.) ¡Eres un monstruo!

ANG. (A Redondo.) ¿Pero no estaban ustedes en Italia? Papá me aseguró...

RED. Verá usted, es que... muy sencillo... es que... verá usted...

PAT. Verá usted...

NIEVES Verá usted... (Se miran confusos. Se oye dentro la voz de Marcelo.)

MAR. (Que grita.) Número diez... Señores Barones de Fuente-Serena.

RED. ¡¡Sálvese el que pueda!!

(Confusión general. Patro y Nieves entran en el cuarto y cierran. Va á entrar Redondo y, como no puede, se mete detrás del cartel de los toros. Facundo se mete en el cuarto de Angel, Angel en el de Luisa, Luisa en el de Facundo y Amado de bajo de la mesa. Aparecen por la puerta del foro, el Barón y Augusta, seguidos de Vicenta y Marcelo. Entrarán con tiempo bastante, para que vean asombrados la dispersión general que se produce, pero sin que puedan conocer á nadie.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Nota. Procúrese que los anuncios que hace en este acto Marcelo, sean en voz clara y alta, para que se entere bien el público.

ACTO TERCERO

Sala en casa de los Barones de Fuente-Serena. A derecha é izquierda puertas laterales; en el centro del foro balcón practicable, que estará abierto hasta que se indique; dos cuadros pintados, no cromos, en los testeros, al lado del balcón. Un sofá en primer término derecha, colocado algo oblicuamente con el respaldo vuelto á la primera derecha. En primer término izquierda mesa de tresillo con fichas, barajas, etc. Todos los demás muebles adecuados al servicio de escena. Junto á la puerta primera derecha un timbre en la pared.

ESCENA PRIMERA

El BARÓN, en batín, sentado en una butaca, figura que lee unas cartas. AUGUSTA sale por la segunda izquierda

AUG. (Desde la puerta y simulando que habla con alguien dentro.) No olvide usted que se acerca la hora de la reunión: lo tiene todo muy descuidado; es preciso que vaya usted enterándose de nuestras costumbres.

BARÓN ¿Qué te sucede, Augusta?

AUG. Lo de siempre que tomamos una criada nueva: hay que indicarle hasta los menores detalles de servicio. ¡Qué! ¿Has tenido carta del ministro?

BARÓN No; son las que Gutiérrez me envía desde los Pirineos.

AUG. ¡Ah, sí! ¿Las que Redondo te dirige allá desde Italia?

BARÓN Por cierto que son graciosísimas. Este buen Redondo disparata de un modo terrible. Esta es de Torino, y fíjate cómo acaba. (Leyendo.) «En fin, señor Barón, puede decirse que Torino es la patria del vermouth».

AUG. ¡Qué vulgaridad!

BARÓN Para él las bellezas arquitectónicas como las grandezas históricas no tienen atractivos: en esta otra, fechada en Roma, me habla de la Vía Apia, como si se tratase de la Gran Vía: tantos metros de anchura, tanto de larga... número de faroles y bocas de riego... es un hombre vulgar.

AUG. Menos mal que la chica es algo instruída y además Angel sabrá ponerla al nivel suyo, expurgándola de los resabios que aún conservará, dado su modesto origen.

BARÓN ¡Oh! seguramente; además, con ese matrimonio hemos logrado asegurar la posición financiera de nuestro hijo, el cual veo con satisfacción que va sentando la cabeza; ya no es aquel calavera audaz y galanteador que iba dejando un reguero de amores á su paso. Claro está que todo se hereda: yo, en mi juventud...

AUG. ¡Héctor, dejemos tu juventud!

BARÓN ¡Oh, y tan dejada, desgraciadamente! Ya se nos va acabando todo, juventud y dinero: los dos grandes puntales de la vida. Ya ves, este año, para salir de Madrid, hemos tenido que agarrarnos á las reiteradas invitaciones de nuestro amigo el boticario de Villasequilla; menos mal que todo el mundo nos ha creído en los Pirineos.

AUG. ¡No me hables de Villasequilla! ¡Qué calor!... ¡Cuántas moscas!

BARÓN Los pueblos rurales tienen esa desventaja; por lo demás, las aguas eran riquísimas.

AUG. Siempre turbias.

BARÓN Sí, turbias; pero los días que la bebíamos clara era muy aceptable.

AUG. Además, los últimos días ni nos hacían la

cama, ni nos entraban el desayuno y había más moscas que nunca; yo creo que las buscaban en el pueblo para que nos molestasen y nos fuésemos.

BARÓN Efectivamente; parecía una indirecta, y fué por lo que decidí pasar los últimos días en el cercano Aranjuez; nadie nos ha visto; nadie sabe nada, excepción hecha de nuestro hijo Angel, y hétenos aquí de regreso de los Pirineos.

AUG. Bien, voy á ver si lo tiene todo arreglado la chica porque no deben tardar los Redondos ni Luisa.

BARÓN Nada de cumplidos, Augusta: un té familiar; los Redondos no sabrían apreciar exquisiteces, y Luisa es como de casa.

AUG. Pero al menos te quitarás el batín.

BARÓN Bien; me pondré la levita de solapas de seda; los Redondos no distinguen de modas. ¿Y Angel?

AUG. En su cuarto quedó.

BARÓN Vamos. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA II

REDONDO, PATRO y NIEVES y un CRIADO. El primero trae una caja y dentro un reloj pequeño de pesas; salen por la primera derecha

RED. (A un Criado que entra con ellos.) No, no se moleste usted, somos de la familia. (Entran. El Criado se va.) ¡Ea! Henos aquí en la gran urbe monárquica, que diría el Barón. (Deja la caja sobre un mueble.)

PAT. Por Dios, Alejo, no bromees al hablar de nuestro viaje, no vayas á meter la pata.

NIEVES Sí, papá, habla poco, y sobre todo acuérdate de la *Guía*.

RED. Las que os tenéis que acordar sois vosotras, que yo me la sé de memoria. A ver, Verona.

PAT. «*Verona, una de las ciudades más antiguas del territorio Lombardo-Veneto, fué importante colonia romana.*»

NIEVES «*En ella nacieron Cátulo, Cornelio Nepote, Vitrubio y Plinio el viejo.*»

RED. Basta; aprobadas. En Pisa estais algo flojas. Esta noche hay que dar un repaso á Pisa.

PAT. Supongo que no estaremos hablando de Italia toda la vida.

RED. No, los primeros días. Y á propósito, hemos debido subirnos el aristón aquel que compramos en el *Bazar X.*

NIEVES ¿Para qué, papá?

RED. Para amenizar la velada y para decir que lo hemos adquirido en Venecia.

PAT. Pero si no tenemos más que tres piezas: *La pobre chica*, *El vagabundo* y *El vals de las olas.*

RED. Ese, ese precisamente tiene un marcado sabor veneciano. (Cantando.)

«Olas que al llegar...»

ESCENA III

DICHOS y LUISA primera derecha

LUISA (Entrando.) Bien, señor Redondo; por lo visto pasó ya el susto.

PAT. ¡Ay, no nos hable usted!... De pensar que la tacañería de este hombre nos ha puesto á las puertas de perder un matrimonio tan ventajoso para Nieves...

RED. Patro, nada de recriminaciones.

LUISA ¿Han visto ustedes á Angel?

NIEVES Ayer estuvo en casa.

PAT. Y menos mal que el muchacho se hizo cargo de todo.

NIEVES Además cree que lo conveniente es no decir una palabra á sus padres, y seguir figurando que volvemos de Italia.

LUISA Indudablemente.

PAT. ¡Pero fíese usted de que nadie la ve! Bien pronto se enteró él de que estábamos en Aranjuez.

LUISA ¡Ah! ¿pero él les ha dicho?..

PAT. Claro, nos siguió con intención de ir á Italia tambien; averiguó dónde estábamos y fué á buscarnos.

RED. Está loco por ésta.

LUISA (Aparte.) No está mal la disculpa. (Alto.) Angel tiene razón: es necesario que los Barones crean que hemos estado en Italia y San Sebastián respectivamente. Lo que me extraña es no haberlo visto en el tren! ¿No vinieron ustedes en el mismo día?

RED. Sí, pero por la noche.

PAT. ¡Nos ha traído en un mercancías!

RED. Quéjate, y has traído un vagón para tí sola.

PAT. El único de viajeros que venía en el tren. Un tercera. Le digo á usted que un hombre así, es peor que una enfermedad.

RED. ¡Ah! ¿de modo que un padre que se sacrifica por su hija es un mal hombre?

PAT. Sacrificio hubiera sido llevarnos á Italia.

RED. ¡Patro, no te consiento que me hables de eso!

PAT. Ni yo á tí que nos pongas en ridículo.

RED. ¿Yo en ridículo? Hemos acabado: ahora mismo me voy.

PAT. Y yo también.

LUISA ¡Pero, señores, por Dios! que están ustedes en casa de los Barones.

NIEVES Mamá, ten resignación.

PAT. Bien sabe Dios que sólo mirando tu porvenir, es por lo que aguanto lo que me hace tu padre.

LUISA Vaya, esto se ha terminado; indudablemente el té con que nos obsequia el Barón es sólo un motivo para fijar el día de la boda. ¡Dios mío! y me es necesario saberlo, porque tengo también á plazo corto la de mi criada Fermina, que la caso con Celedonio; y la del segundo derecha, que la he buscado un partido excelente. Ayer lo dejé casi arreglado; será un marido modelo, fiel, ¡oh, la infidelidad! (A Nieves.) ¡Toléralo todo menos la infidelidad!

RED. Una pregunta, por curiosidad nada más. ¿Usted sabe si los Barones tienen posesio-

nes en Aranjuez?... porque su presencia allí...

LUISA No lo sé, pero sacaremos la conversación así veladamente, y saldremos de dudas.

ESCENA IV

DICHOS, el BARÓN, AUGUSTA y ÁNGEL por primera izquierda

BARÓN ¡Oh!... ¡la estimable familia de los Redondos!...

PAT. (Aparte.) ¡Qué distinguido es este hombre, hasta estimando!

AUG. ¿Qué tal, querida Luisa?

LUISA No muy buena, Baronesa; los cambios de tiempo influyen en mi sistema nervioso de un modo terrible.

AUG. Sí, está la lluvia amenazando toda la tarde.

LUISA ¿Amenazando? Cuando yo vine empezaba á chispear.

BARÓN Las entradas otoñales traen siempre agua... Pero siéntense ustedes. No está muy en orden esto, porque hasta ayer no encontramos doncella, y...

(Se sientan Alejo, Patrocinio y Nieves en el sofá; Angel en una silla junto á Nieves; el Barón y Augusta enfrente, y Luisa en el centro.)

PAT. (Sentándose.) ¡Dichosas criadas!... ¡son una muerte!

BARÓN ¿Con que ya estamos todos de regreso? ¿Ven ustedes cómo el tiempo corre de una manera asombrosa? Parece que fué ayer cuando ustedes partieron para Italia, éste para Stokolmo; Luisa para San Sebastián; su marido para Suiza, y nosotros para la agreste cordillera pirenáica.

NIEVES (Aparte á Angel.) ¡Por Dios, Angel, no te rías!

RED. ¿Conque en la cordillera, eh? Pues nosotros venimos asustados, pero lo que se dice asustados. ¡¡QuéItalia, Barón!! ¡¡qué Roma!! ¡¡qué Venecia!! ¡¡qué barbaridad!!

BARÓN ¡Hola! ¡hola! Por lo visto les ha gustado la antigua tierra de los Césares.

RED. Mucho, ¿verdad? (A Patrocinio.)

PAT. ¡Muchísimo!

BARÓN Las comidas son excelentes; algo se abusa de los macarrones que, como habrán visto, es el plato nacional, pero le dan tantas formas... Los *rabiolis* sobre todo...

RED. ¡Ah, no me hable usted! ¡Esta se ha tomado cada *rabioli*! (Por Patrocinio.)

AUG. ¿Utilizaron ustedes *ciceroni?*

RED. *¿Ciceroni?* Sí se... digo, no; estaban todos cogidos. Hay escasez este año.

BARÓN Entonces temo que no lo hayan visto bien todo... En Roma, por ejemplo, la Plaza de San Pedro... el Foro...

RED. Anda... (A Patrocinio.) Oye tú... dice que no habremos visto... (Al Barón.) Precisamente era nuestra debilidad: en cuanto nos levantábamos, éstas, ya se sabe, se iban á la Plaza y yo me iba por el foro, hasta la hora del almuerzo.

NIEVES (A Angel.) (¡Has visto qué bien miente mi papá?)

ANG. (Casi tan bien como el mío.)

AUG. Los lagos le habrán encantado.

RED. ¡Son asombrosos!

BARÓN Y ya en el Lago Mayor, habrán ustedes visitado la Isla Madre.

RED. ¿La Isla Madre? Sí... claro... ¡Nieves, nos pregunta si hemos visto la Isla Madre!

NIEVES (Recordando.) ¡La Isla Madre! Ah, sí. (Se levanta, avanza un poco hacia el Barón y dice como recitando una lección aprendida.) Plantas de Nueva Holanda florecen allí al aire libre; los granados llegan á una considerable altura; la planta del te brota en Octubre...

PAT. (Levantandose, avanzando y cortando la palabra á Nieves, que vuelve á su asiento.) Adelfas rojas y blancas adquieren un extraordinario desarrollo; cipreses y siemprevivas de todas especies, crecen por doquiera...

RED. (Igual juego y acabando el párrafo.) Y una parte de la Isla está materialmente cubierta de abetos y otros árboles, entre los que se distingue un alcanfor de cuarenta pies de al-

tura. (Pausa.—Los Barones y Luisa se miran asombrados.)

LUISA (Aparte.) (Estos se han aprendido la Guía de memoria.)

BARÓN (A Augusta.) (¡Qué riqueza de detalles se han traído!)

AUG. (¡Se ve que son observadores!)

RED. (A Patrocinio.) (¡Hemos dado el golpe!)

PAT. (Á Redondo.) (Sí, pero estoy temblando que nos hable de Pisa, porque lo que es en Pisa hincamos el pico.)

BARÓN Antes Italia era más típica; cuando casi constituía el imperio de los bandidos.

RED. No, si ahora los hay también.

LUISA (Riéndose.) ¿Pero han tenido ustedes la suerte de encontrarse con un bandido?

RED. ¡El dueño de la fonda! Nos puso una cuenta enorme.

BARÓN ¡Es gracioso!... Pues nosotros les hemos traído de nuestra excursión un pequeño recuerdo: no vale la pena...

RED. (Á Patrocinio.) (¿Ves?... Si no llegamos á traer el nuestro...) (Alto.) Nosotros también nos hemos acordado de ustedes.

PAT. No merece la pena tampoco.

RED. El único mérito es que lo trae uno de allí mismo.

LUISA Sí, en estos casos el valor está en el recuerdo, como dice el Barón.

BARÓN Augusta, ¿está ahí la cajita?

AUG. Sí.

BARÓN Saca el contenido. (Augusta va á la primera izquierda.)

RED. (A Patro.) Anda, destapa lo nuestro.

(Patrocinio saca un reloj pequeño de pesas y Augusta otro igual. Procúrese que no los vean hasta el momento en que Augusta y Patro se adelantan con ellos. Asombro por parte de todos.)

TODOS ¡¡Eh!!

BARÓN (Aparte.) ¡No me explico!...

RED. (Á Patro.) (Lo ha debido comprar donde nosotros.)

PAT. (¡Valiente plancha!)

ANG. ¡Qué raro; parecen los dos iguales!

RED. Sí, sí parecen... Sin embargo, éste es puramente veneciano; su pendolita... sus pesitas... Creo que es una imitación del reloj de San Marcos.

BARÓN Entonces no son iguales, porque este mío, que como ustedes ven es tosco, es un reloj agreste para las cumbres; las bajas temperaturas no influyen en su marcha.

AUG. (Cogiéndolo.) Muy agradecida.

PAT. (Idem.) Igualmente.

AUG. (Al Barón.) (¡Hemos hecho el más considerable de los ridículos! ¡Hay que cambiar de conversación!)

BARÓN (En el acto.) (Dejan los relojes sobre las mesas.) ¿Ustedes, como es lógico, no conocen nuestra galería de cuadros famosos?

RED. No, pero hemos oído hablar muy bien de ellos.

BARÓN Voy á tener el placer de enseñárselos. Algunos tienen un valor extraordinario. Aquí mismo hay uno; éste. (Por el que está á la derecha del balcón.)

PAT. ¡Muy bonito!

BARÓN Es copia de un fresco de Goya; por este lado no se aprecia tanto; no parece un fresco, ¿verdad?

RED. Sin embargo...

BARÓN Colóquense ahí junto al balcón y á ver qué efecto les hace.

RED. Desde aquí mucho más fresco.

BARÓN Hiere mejor la luz, ¿verdad?

PAT. Y eso que con esta lluvia...

BARÓN ¡Oh! ¡Madrid es intolerable en el invierno! ¡En cuanto llega Noviembre, no hay quien habite en él!... ¡Unos cambios tan bruscos!... ¡Para mí, una persona que no sale de Madrid en el invierno, no existe!

RED. (Á Patro.) (¡Adiós! ¡Que nos echa otra vez! Este hombre no nos va á dejar tranquilos ni en la primavera.)

BARÓN ¿Dónde piensan ustedes ir este invierno?

RED. ¿Este invierno?... Pues... verdaderamente... vacilamos...

BARÓN ¿Conocen ustedes las Canarias?

RED. Sí, lo conocemos todo. Las Canarias y Niza y Málaga y Marruecos... Puede que nos vayamos á Marruecos...

BARÓN Excelente localidad invernal... Sí, sí, vayan á Marruecos.

PAT. (Aparte á Nieves.) Ya me veo en Tetuán.

BARÓN Pasen, pasen por aquí.

AUG. Vamos á cortarle el idilio á los chicos.

BARÓN ¡Tiempo tienen!

RED. (Al hacer mutis.) Una pregunta, por curiosidad. ¿Ustedes tienen posesiones en Aranjuez?

AUG. ¿Eh? (Se miran confusos los Barones.)

BARÓN Sí, en Villasequilla tenemos unas tierras de pan llevar... poca cosa.

AUG. Casi se puede decir que nada.

RED. (Aparte á Patro.) Ya decía yo. Esto es que al volver de los Pirineos... como coge de camino... (Vanse por segunda izquierda.)

NIEVES (Estoy temiendo que de un momento á otro, se descubra todo.)

ANG. ¡No temas; no le conviene á nadie! (Vanse siguiendo á los demás.)

ESCENA V

LUISA. Después FACUNDO por primera derecha

LUISA (Riendo.) La verdad es que las conveniencias sociales son implacables. ¡Pobre Redondo! ¡Qué cara puso cuando le habló el Barón de salir el invierno: este Barón es más implacable aun que las conveniencias...

FAC. (Entrando.) Vaya una tormenta de agua.

LUISA (Seria.) Llega usted á tiempo, señor mío.

FAC ¡Ah! ¿Pero todavía?

LUISA Ahora más que nunca. Todas las excusas que me dió usted eran otras tantas mentiras que Blanca se ha encargado de aclarar.

FAC. ¿Cómo? ¿Has visto á Blanca?

LUISA Me ha escrito contándomelo todo. La galanteaba usted, la enviaba flores todos los días. Angel imitaba á usted; los dos tuvieron la

osadía de pedirle una cita, y la pobre, ante el temor de que su marido se enterase y su carácter excitable le condujese á una violencia, antes de contárselo todo, decidió huir á casa de su tía...

FAC. Pero...

LUISA Basta, evitemos el ridículo: sigamos fingiendo para los Barones que yo he estado en San Sebastián, usted en Suiza, y despues ya arreglaremos una separación por cualquier motivo. Ya sabe usted que yo lo perdono todo, todo, menos la infidelidad.

FAC. Reflexiona que...

LUISA No tengo que reflexionar nada; estoy decidida. Ah, debo advertir á usted, que he arreglado el casamiento de Conchita la del segundo izquierda, con Almonares; seremos los padrinos.

FAC. ¿Pero ni aun separados voy á dejar de ser la Epístola de San Pablo?

LUISA Ya le he dicho que será una separación sin provocar escándalos; el papel de mujer engañada es horrible.

ESCENA VI

DICHOS y REDONDO saliendo por segunda izquierda

RED. ¡Me fastidia este Barón! Siempre encuentra motivo para hacernos salir de Madrid... (Reparando en Facundo.) ¡Calle! ¿Cómo usted por aquí, señor de Villalba?

LUISA ¡Villalba!

FAC. ¿Y usted, amigo Mondragón?

LUISA ¡Mondragón!... ¿Por lo visto no se conocen ustedes?

RED. ¡De Venecia!... digo, de Aranjuez.

LUISA Pues bien, voy á hacer la presentación: don Facundo Cañizares, mi esposo.

RED. ¡Cómo!... ¿Este señor es su Cañizares... digo, su esposo?... ¿Pero no se llamaba usted Villalba?

LUISA Villalba en Aranjuez, como usted Mondragón. (Presentando.) Don Alejo Redondo, padre de la futura de Angel.

FAC. Silencio, que salen.

ESCENA VII

DICHOS, BARÓN, AUGUSTA, NIEVES, ANGEL y PATRO por segunda izquierda

PAT. Tiene usted una colección preciosísima.

BARÓN Regular, nada más que regular. (Viendo á Facundo.) ¡Hombre!... He aquí al suizo.

FAC (Saludando.) Señores...

AUG. ¿Qué, se mejoró esa laringe?

FAC Poco, muy poco.

LUISA (Con intención.) Quizá tenga que volver el año que viene.

AUG. Esas afecciones no conviene descuidarlas.

BARÓN Perdona, Augusta... no, no conviene descuidarlas. Y ahí va un consejo. Vaya usted á Lóndres y á su vuelta me lo dirá. Entre los ingleses hay grandes laringólogos.

RED. (A Patro) (Ya está echando gente. Yo creo que el Barón debe tener acciones de los ferrocarriles.)

AUG. Mientras llega la hora del té, podíamos jugar una partida de tresillo.

BARÓN Augusta es una tresillista incansable.

AUG. (A Redondo y Patro.) ¿Ustedes juegan?

RED. Al tresillo, mucho: no hemos hecho otra cosa en todo el verano, ¿verdad?

BARÓN Ya son ustedes tres. (A Augusta.) A los chicos no les invites; sería una crueldad privarles...

LUISA Yo haré el cuarto.

BARÓN Magnífico; tres señoras y un caballero. ¡Cuidado, señor Redondo!

RED. Soy invencible.

AUG. ¿Echamos sitios?

RED. No, ¿para qué? Siéntese usted donde tenga costumbre; yo, en no teniendo esta á mi derecha...

LUISA ¿Le tira al codillo?

RED. Siempre. (Se sientan á la mesa de juego, Redondo frente al público, Patro á su izquierda, Luisa de espalda al público y Augusta á la derecha de Redondo.)

BARÓN (Sentándose con Facundo en el sofá.) ¿Y qué, amigo mío, cómo van esos azúcares?

FAC ¡Un negocio magnífico! (Siguen hablando.)

NIEVES Me gustaría volver á Lóndres siendo ya tu esposa.

ANG. Nada más fácil; gestionaré el traslado.

LUISA ¿A céntimo el tanto, verdad?

RED. O á peseta... ó á lira... yo no me achico...

AUG. Como ustedes tengan costumbre.

RED. ¿Hay palo de favor?

AUG. El primero que se juegue. (Barajan y cortan, etc., etc.)

BARÓN (Que sigue hablando con Facundo.) ¡Ah, sí, los Pirineos son encantadores!... ¿Usted no los conoce?

FAC No.

BARÓN Unas alturas majestuosas; unos picos valientes... naturaleza salvaje...

PAT. Roben ustedes espadas.

AUG. ¡Solo!

RED. ¡Ya empieza, ya!

BARÓN He traído varias fotografías... postales... Va usted á ver uno de los picos que yo escalaba con más frecuencia... (Toca el timbre en primera derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS y VICENTA que aparece primera derecha

VIC. ¿Llamaban los señores?

FAC. (Al verla se tiende casi en el sofá, para ocultar la cara, mientras el Barón se vuelve á hablar con Vicenta.) ¡La criada de Aranjuez!...

RED.
PAT
LUISA
NIEVES
(A un tiempo.) ¡¡Dios mío!!

(Todos ocultan la cara como pueden. Alejo con las cartas, Luisa fingiendo buscar algo en el suelo, Patro lo mismo, Nieves y Angel mirando los cuadros.)

BARÓN Sí, tráigame de la mesa de mi despacho un sobre con unas postales.

AUG. (Que se ha vuelto hacia Vicenta desde que salió.) Y á mí un vaso de agua.

VIC. Al momento. (Vase Vicenta.)

AUG. ¿Quién ha arrastrado de mala?

RED. Yo.

AUG. ¿Así estamos? ¿De mala ya?

RED. De mala, sí, señora; de mala manera.

PAT (A Redondo.) (¡Va á volver!)

RED. (¡Como nos reconozca, estamos perdidos!)

NIEVES (A Angel.) Es un compromiso; se va á descubrir todo.

LUISA (¡Vaya un contratiempo!)

VIC. (Saliendo.) El sobre. (Al Barón.) El agua. (A Augusta.)

(Al volver el Barón la cara para coger el sobre, Facundo se levanta y se marcha haciéndose el distraído á mirar uno de los cuadros del foro. Nieves y Angel hacen lo mismo mirando el otro cuadro. Cuando Augusta, que está sentada vuelta de espaldas á la primera lateral derecha se vuelve y se pone en pie para coger el vaso de agua, Redondo, Patro y Luisa seguidos de Nieves y Angel se levantan y hacen mutis por la segunda izquierda, andando de puntillas y silenciosamente.)

BARÓN Vea usted este pico... (Se vuelve y no encuentra á Facundo.) pero... (Lo ve mirando el cuadro.) ¡Ah, está usted admirando ese cuadro!... Ese no tiene mérito; aquel otro es un fresco.

VIC. ¿Manda algo más la señora?

AUG. Nada. (Hace mutis Vicenta Augusta se vuelve, y al ver que no hay nadie exclama:) ¡¡Pero y los jugadores!!

FAC. (Aparte.) ¡Han huído todos!

BARÓN Cualquiera diría que jugábais al escondite.

RED. (Asoma la cabeza.) Se fué. (Sale cojeando seguido de los demás. Traen las cartas en la mano como al marcharse.)

AUG. ¿Pero qué les ha sucedido?

RED. ¡El calambre!

BARÓN ¿Cómo?

RED. Que me ha dado el calambre aquí en la pierna derecha, y cuando me da me veo

precisado á correr para que se me pase: por eso me salí al corredor.

LUISA A nosotras nos extrañó verlo correr, y...

BARÓN ¡Es una manifestación nueva en los calambres!

RED. Y que cuando me empiezan me duran tres ó cuatro días.

BARÓN ¿Por qué no va usted á Fortuna? Seguramente se aliviaría.

RED. ¿De veras? Ahora mismo nos vamos. (A Patro.) Anda, á Fortuna... tú, Nieves... ¡á Fortuna!

BARÓN Oh, no, mi querido señor Redondo; no es época ahora.

AUG. No se preocupe usted; esas son dolencias pasajeras. Acabemos la jugada.

BARÓN Si le quitan ustedes á Augusta el tresillo le han aguado la reunión.

PAT (A Redondo.) (No hay más remedio.)

LUISA (Idem) Es necesario.

RED. Bueno, acabaremos la jugada. (Se sientan. A Patro.) (Esto hay que despacharlo en dos boleos.)

PAT. (Sí, sí.)

BARÓN (A Facundo, enseñándole la postal.) Vea usted; éste, es uno de los picos más altos... naturaleza salvaje, como verá usted.

LUISA Siete de bastos.

RED. No tengo; fallo.

PAT. El tres.

LUISA El cuatro.

RED. La sota.

LUISA El rey.

RED. ¡Fallo! (etc., etc)

(Con rapidez exagerada. Todos hablan á la vez. Pueden seguir nombrando las cartas que quieran para que resulte una confusión extraordinaria.)

AUG. Por Dios, señores, no tan de prisa, que no me entero. (Juega.)

NIEVES (A Angel.) ¿Pero cómo ha venido esa mujer aquí?

ANG. No sé; mis padres tenían dado encargo de una, y...

LUISA (A Redondo.) ¿No tiene usted el caballo?

RED. Pues si yo tuviera un caballo... (¿dónde estaría á estas horas?) (Juega.)

AUG. ¡Cuidado! ¿Ve usted? Esa jugada nos ha quitado la puesta.

RED. Dispénseme usted; pero es que cuando me da el calambre, no veo ni lo que juego.

PAT. Lo mejor es que nos retiremos.

AUG. En ese caso... (Va á tocar el timbre, y Redondo, Patro y Luisa, le sujetan la mano. Redondo, además, coge el timbre y se queda con él en la mano durante lo que sigue.)

RED. PAT. LUISA } ¡No, no!

RED. No se moleste usted.

AUG. Es para que sirvan el té en seguida: deben tomarlo antes de marcharse, ¿no te parece, Héctor?

BARÓN No faltaba más.

RED. Si les he de ser franco, no me hace mucha gracia el té.

PAT. Le excita.

RED. Eso... me excita.

AUG. Pues tila.

RED. Me aplana.

ANG. Pues chocolate.

RED. Me... (¡Mecachis! No hay remedio.)

AUG. Voy yo misma á disponerlo. (Va á levantarse. Se lo impiden con el ademán y Luisa sujetándola además por un brazo.)

RED. De ninguna manera.

PAT ¡No, por Dios!

RED. Se va usted á molestar... No lo tomamos, ¿verdad?

AUG. Bien; llamaré á la chica. (Va á levantarse.)

RED. PAT. LUISA } ¡¡No!! (Levantándose á medias. Igual juego que antes.)

RED. De ningún modo: ¿va usted á molestar á la chica por nosotros?

BARÓN No les hagas caso, Augusta: los señores pecan de considerados, sin tener en cuenta que esta casa es como si fuese suya. Vé tú misma.

RED. Pero..

AUG. ¡Nada, nada; no faltaba más! (Hace mutis primera derecha.)

ESCENA IX

DICHOS, menos AUGUSTA

BARÓN ¿Pero no ven ustedes qué manera de diluviar? (Todos se acercan al balcón que estará abierto.)

LUISA Puede que el agua influya en los calambres del señor Redondo.

BARÓN En ese caso no le conviene salir ahora.

RED. ¡Ya escampa!

BARÓN ¡Si es un diluvio!

RED. No, digo que ya escampará.

BARÓN Yo lamento lo que le ocurre, porque precisamente Augusta y yo queríamos fijar esta tarde el día de la boda.

LUISA Yo también traía esa idea.

PAT. Por ellos lo más pronto posible, ¿verdad?

ANG. Sí por cierto.

NIEVES Como ustedes quieran.

RED. Están atortolados.

BARÓN Eso es bueno. Yo siempre he odiado los matrimonios por conveniencia.

ESCENA X

DICHOS, VICENTA y el CRIADO con una mesita de té y ya preparado en ella el servicio para el mismo. Vicenta aparece de espaldas á los personajes al trasportar la mesa. Después AUGUSTA

VIC. El té. (Lo colocan en el centro. Igual juego que el anterior. Todos hacen mutis segunda izquierda. Redondo se mete en el balcón, cerrando al entrar. El Criado se va.) ¿Lo van á tomar aquí?

BARÓN Sí.

VIC. ¡Como se van los señores!...

BARÓN ¡Sí que es inexplicable! (Cruzándose de brazos.)

VIC. (Haciendo mutis.) ¡Aquí desaparece todo el

mundo como en la fonda de Aranjuez! (Vase por primera derecha.)

AUG. (Sale.) ¡Pero cómo!... ¿estás solo?

BARÓN Debe haberle dado otro calambre al señor Redondo.

AUG. ¡Esto es anormal, Héctor!

BARÓN ¡Anormal y extraño!

AUG. ¿Se habrán arrepentido?

BARÓN No creo. (Luisa, seguida de los demás, sale con cautela.)

LUISA (Asomando.) Sí, ya se fué.

PAT. (Saliendo.) ¡Qué vergüenza! ¡Lo van á comprender!

ANG. (Saliendo.) Esta situación no puede continuar.

BARÓN ¿Pero qué es lo que les ocurre á ustedes?

FAC. Al amigo Redondo que le repitió el calambre.

PAT. Este marido mío es una calamidad.

AUG. Bien, ¿pero le ha pasado ya?

NIEVES Sí.

BARÓN ¿Dónde está?

AUG. Es verdad, no le veo.

PAT. (A Luisa.) ¿Dónde se habrá metido Redondo?

LUISA ¡Qué sé yo! Es capaz de haberse encerrado en algún cuarto.

NIEVES (A Angel.) Creerá que no puede salir.

ANG. (Llamando desde la puerta lateral segunda derecha.) ¡Señor Redondo!...

PAT. (Desde la primera izquierda.) ¡Alejo!...

NIEVES ¡Papá!...

(Todos quedan en silencio y asombrados.)

BARÓN ¿Se habrá accidentado?

(En este momento se oye dentro del balcón un fuerte estornudo de Redondo.)

TODOS ¡¡Eh!!

(Repite el estornudo.)

BARÓN ¡Parece que en el balcón!...

(Se dirigen todos al balcón, lo abren y sale Redondo materialmente hecho una sopa y estornudando.)

AUG. ¡Parece un náufrago!

LUISA ¡Cómo se ha puesto!

NIEVES ¡Pero papá!..

RED. (Fingiendo alegría) ¿Ven ustedes?... ¡Mano de santo! En cuanto me doy una ducha ó me

mojo, desaparecen los calambres... (A Patro.) Ya lo sabes tú.

BARÓN ¡Pero eso es dejar un calambre y coger una pulmonía!

RED. No lo crea usted; estas aguas primeras de Otoño son muy sanas. (Estornuda.)

NIEVES ¡Estás tiritando!

RED. Del calambre, que todavía se resiste. Vámonos, vámonos á la calle, que me llueva bien.

AUG. ¡Eso es una locura!

BARÓN ¿Cómo va usted á salir así?

AUG. ¿Te parece que se ponga una bata tuya?...

RED. ¡No, de ninguna manera!

BARÓN Al menos que se seque bien.

AUG. Sí, sí, que lo sequen. (Va á la primera derecha y llama al timbre.)

ESCENA XI

DICHOS, un CRIADO por primera derecha

CRIADO (Saliendo.) ¿Qué manda la señora?

AUG. Dígale usted á la chica que venga con un par de toallas. (El Criado hace mutis.)

(Redondo, Patro, Nieves, Luisa y Angel han hecho un grupo á la izquierda mientras la escena anterior, para no oir las últimas palabras de Augusta.)

RED. Nada, que yo me marcho ahora mismo ó me vuelvo al balcón.

PAT. (A Redondo.) ¿Ves tus ridículas economías en qué situación nos ponen?...

RED. Que me ponen, dirás; y lo peor es que con el agua que he cogido estoy sintiendo de verdad calambres.

ESCENA XII

DICHOS, VICENTA con dos toallas rusas

VIC. ¡La toalla!

AUG. Bien, seque usted lo mejor posible al señor.

BARÓN Bien seco, ¿eh?

RED. ¡*Consumatum est*!

(Juego escénico en el que Redondo oculta la cara como puede, mientras. Vicenta le enjuga.)

VIC. (Fijándose.) ¡Calle... el señor Mondragón!

RED. (Estornuda.) (¡Ya me dejó seco!)

BARÓN
AUG. } ¡Mondragón!

PAT. (¡Se deshizo la boda!)

BARÓN Es nuestro amigo el señor Redondo.

VIC. Perdone el señor, pero...

RED. No, no; si la chica lleva razón. Soy Mondragón... Redondo y Mondragón... Mondragón y Redondo...

AUG. Ah, vamos el segundo apellido.

RED. Justo, sí, mi madre... (Aparte.) (¡Ay, mi madre... que no puedo más!) Deme usted la toalla y retírese.

VIC. A su disposición. (Viendo á Facundo.) ¡Calla, pues si está aquí el señor Villalba!

BARÓN ¿Cómo Villalba?

VIC. ¡Y el señorito Garrido!

AUG. ¿Nuestro hijo Garrido?

BARÓN ¿Pero de dónde les conoce usted?

VIC. De Aranjuez: el señorito iba detrás de una tal Blanca, sobrina de una tal Josefa Rodríguez.

NIEVE S ¡Dios mío!

VIC. Y el señor Villalba también.

RED. ¡Ahora sí que escampa!

BARÓN Acabe usted.

VIC. Y la señora de Ramírez, (Por Luisa.) todos, todos han estado allí este verano. Y todos detrás de Blanca. Y todos corrían... y se ocultaban unos de otros y este señor... (Por Redondo.) no salía más que de noche con una bufanda y gafas... (Redondo da un estornudo muy fuerte como para ahogar la voz de Vicenta.)

BARÓN Esto significa que hemos sido engañados.

ANG. Yo te explicaré, papá.

AUG. Un momento. (A Vicenta.) Retírese usted. No conviene que las criadas se enteren. (Mutis Vicenta.)

BARÓN Dices bien; la sociedad tiene sus leyes; el mundo tiene sus exigencias...

ANG. Precisamente esas exigencias han sido la

culpa de todo. Los señores de Redondo han fingido su viaje á Italia como vosotros á los Pirineos. (Los barones tosen como para que no se le oiga.)

AUG. (Regañándole.) ¡Angel!

ANG. Perdónenme y así como yo he olvidado mis calaveradas, olviden ustedes también la rancia etiqueta que nos ha traído á esta situación.

RED. (Abrazando á Angel.) ¡Maravilloso!

PAT. Pero no crean ustedes, si no hemos ido á Italia, no ha sido por falta de dinero; sino por la tacañería de éste.

RED. ¡Yo tacaño, yo!...

PAT. Tú que has comprometido la felicidad de nuestra hija.

RED. ¿Yo? Un hombre que se ha sacrificado, que ha sudado, que se ha mojado...

PAT. Tú, sí...

RED. Hemos acabado: ahora mismo, pido la cuenta y me voy.

PAT. ¿La cuenta?

RED. Bueno... ¡que me voy!

PAT. Y yo.

LUISA ¡¡Pero, señores, por Dios!!

BARÓN Cesen ustedes en su querella. Nuestro hijo Angel lleva razón en cuanto á la parte familiar; para el mundo deben hacerse ciertas cosas aunque no se hagan y como ustedes, puede decirse que son de la familia, quedamos en que han estado ustedes en Italia...

PAT. Y ustedes en los Pirineos.

LUISA (Dando un pellizco á Facundo.) Y usted en Iverdón.

ANG. (Que se ha acercado á Nieves.) Ya lo has oído antes: tu amor me ha hecho olvidar mi vida pasada; desde hoy para tí y sólo para tí.

AUG. Y ahora, justo es que tomemos el té y fijemos el día de la boda. (Toca el timbre. A Redondo.) ¿Usted chocolate, verdad?

RED. O té ó flor de malva, me es lo mismo; ya todo me es igual.

AUG. (A Vicenta que sale.) Sirva usted el té. (Se sientan. Vicenta empieza á servir el té.)

ESCENA XIII

DICHOS, el CRIADO por la primera derecha con dos cartas en la mano

CRIADO (Dirigiéndose á Luisa.) El señor Amado pregunta por la señora.

BARÓN Que pase.

ALFJO, FAC., ANG ¡¡No!! (Muy asustados.)

LUISA (Sonriendo.) Bien, que espere en la antesala. Ahora saldré.

CRIADO Me ha entregado esta carta para la señora. (La entrega una.) Esta acaba de llegar para el señor Barón. (Le entrega la otra.)

LUISA (Mirando el sobre.) (De Suiza.)

BARÓN (Idem.) (De Italia...) Veamos. (Ambos rompen los sobres. Barón leyendo.) «Venecia 24 de Septiembre.»

RED. ¡Mi carta!

LUISA «Iverdón, 24 de Septiembre.»

FAC ¡La mía!

BARÓN «Acabamos de llegar á la ciudad de los Dogos.»

LUISA «Desde el chalet de Schwarenbach, á dos mil setecientos metros sobre el nivel del mar, te escribo estas líneas.»

BARÓN «¡Nos deslizamos en silencio por el Gran Canal, mudos de asombro!... (Riéndose.) ¡Delicioso!

AUG. ¡Original! (Todos ríen y va cayendo el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosal original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)

Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)

La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.

Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)

El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)

Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)

Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)

El Himeneo.—Monólogo en prosa.

Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)

Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)

El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)

El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa. (9)

El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)

Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)

La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (3) y (9)

Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)

La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)

La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. (9) y (11)

El 30 de Infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (10)

El aire.—Juguete cómico-lírico en un acto, en prosa. (9)

Las cien doncellas.—Monólogo cómico en prosa.

El 30 de Infantería.—Juguete cómico en dos actos, en prosa. (Refundición). (10)

La hostería del laurel.—Zarzuela en un acto, dividido en en tres cuadros, original y en prosa. (9)

Mayo florido.—Sainete lírico en un acto. (9)

El gran tacaño.—Comedia en tres actos y en prosa. (9)

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamon .
(9) Idem con Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive
(11) Idem con Don Maximiliano Thous

Precio: DOS pesetas

FUENTES
Y
ASÚ
MÚSICA [illegible]OS
Y LIBRERÍA
30, ARENAL, 30
MADRID